

Ciudades, misiones y misioneros jesuitas en la España del siglo XVIII

*Javier Burrieza Sánchez¹
Universidad de Valladolid*

Las misiones populares predicadas y celebradas por los distintos pueblos, villas y ciudades de la sociedad sacralizada hispana de los siglos modernos no han sido objeto de profundas investigaciones que permitan un conocimiento detallado de esta práctica pastoral y de sus sujetos agentes, es decir, los misioneros, muy diferentes a aquéllos que cruzaban el Atlántico y pisaban tierras americanas. Los fines de ambas empresas eran distintos. Si en las Indias se trataba de ganar creyentes para una religión desconocida en aquellas latitudes; en las misiones populares se perseguía el cambio y la mudanza de vida y costumbres, de las conductas y de las actitudes de los que ya pertenecían a la Iglesia. Es verdad que este fenómeno no fue exclusivamente español, sin embargo aquí adquirió unos matices propios, más profundos en los contenidos, sin olvidar las experiencias que los religiosos iban viviendo en sus viajes y que eran transmitidas a sus hermanos de religión a través de la conversación o bien por la publicación de diferentes manuales.

En las misiones, el poder de la palabra y los elementos de la religiosidad popular del Antiguo Régimen alcanzaban sus más altas cotas. Era en definitiva un «acontecimiento espiritual que no tenía paragón»². Por eso vamos a viajar hasta la España del siglo XVIII para poner dos ejemplos en dos localidades significativas pertenecientes a las coronas de Castilla y Aragón. Serán misiones localizadas en espacios y tiempos diferentes y rodeados de circunstancias heterogéneas. Primero hablaremos de una misión que efectuaron los jesuitas en Játiva, la ciudad valenciana

¹ El presente artículo forma parte de las investigaciones que el autor del mismo está realizando para su Tesis Doctoral «*El poder de la enseñanza y del sermón: la presencia de la Compañía de Jesús en el ámbito geográfico de Valladolid durante el Antiguo Régimen (1545-1767)*», dirigida por el Dr. Teófanos Egido López dentro del Departamento de Historia Moderna, Contemporánea y América de la Universidad de Valladolid.

² SÁNCHEZ-BLANCO, Francisco, «La Situación Espiritual de España hacia mediados del siglo XVIII vista por Pedro Calatayud: Lo que un jesuita predicaba antes de la expulsión», en *Archivo Hispalense*, 71 (1988), p. 16.

que se convirtió durante la Guerra de Sucesión en el símbolo de resistencia contra la autoridad de Felipe V. Precisamente los misioneros jesuitas llegaron allí unos pocos años después de su destrucción, incendio y «clemente»restablecimiento en forma de Colonia Real, de una Játiva que los proborbónicos convirtieron en el símbolo del «pecado de infidelidad» del reino valenciano.

Bien distintas eran las circunstancias que rodearon al Padre Pedro Calatayud, el maestro de misioneros, cuando llegó a Valladolid en 1748. Una ciudad que vivía el letargo del siglo XVIII, poblada de conventos en ese urbanismo de lo levítico y sacralización de su espacio que define los contornos de sus calles, de sus edificios, de sus comportamientos y de sus sonidos... Una ciudad que conservaba algunas de las instituciones de un pasado cortesano, en el tribunal de la Real Chancillería y que todavía le confería el título de ciudad de pleiteantes. Pero también capital jesuítica de Castilla, ya que en ella se levantaban tres casas confiadas a la meticulosa mano de los hijos de San Ignacio, la residencia habitual del Provincial y máxima autoridad entre estos religiosos castellanos, además de los domicilios que se distribuían alrededor de la capital en los colegios de Medina del Campo y Villagarcía, escuela de tantos jesuitas que poblaron los Colegios de la Compañía en España.

Para nuestras intenciones utilizaremos unas cartas del jesuita valenciano José Gamir escritas unos días después de abandonar Játiva en 1712 con destino al entonces confesor de Felipe V, el también jesuita Pedro Robinet. En esta correspondencia privada, depositada entre los manuscritos de la Biblioteca de Santa Cruz de Valladolid, podemos seguir con un tono de cierta intimidad las opiniones sugeridas desde una Valencia que se había enfrentado duramente a la autoridad del rey Borbón. Para Valladolid seguiremos los datos ofrecidos por la visión sacralizada de Ventura Pérez en su famoso Diario, las apreciaciones de Manuel Canesi o las informaciones aportadas por las relaciones escritas dentro de la Compañía después de las misiones y utilizadas por el biógrafo del Padre Pedro Calatayud, Cecilio Gómez Rodeles, a finales del siglo XIX. No pretendemos desde estas líneas evaluar los resultados de las misiones sino más bien recrear su ambiente.

Sin embargo hagamos primero un retrato de los misioneros, definamos su núcleo de actuación, busquemos las motivaciones que les empujaban a echarse a los caminos de estos reinos, encontremos las cualidades que adornaban sus talentos, la preparación que debían recorrer antes de subirse a la leve altura de un púlpito... en definitiva viajemos a sus conductas y comportamientos cotidianos.

El misionero jesuita y la misión en el siglo XVIII

El fenómeno de las misiones populares puede materializarse en «unos sermones y unos predicadores que por algunas semanas -según señala el profesor Teófanos Egido- dominaban la vida, los sentimientos, las conciencias y lograban el entusiasmo

de todos los sectores sociales del campo y, en mayor medida, el de las ciudades»³. Antonio Domínguez Ortiz empieza situando las misiones⁴, y a los «avivados misioneros» trentinos de los que hablaba Egido, desde finales del XVI. Su *Siglo de Oro* bien puede corresponderse con el siglo XVII y primera mitad del XVIII. Normalmente estos misioneros pertenecían al clero regular, sobre todo eran jesuitas y capuchinos (con el celeberrimo Diego José de Cádiz). Tampoco faltaron franciscanos, agustinos e incluso sacerdotes, como aquel malagueño llamado José de Barcia y Zambrana, que con posterioridad accedió a la sede gaditana como obispo. Sin embargo nosotros nos vamos a centrar en la Compañía de Jesús, sujeto activo de esta misión desarrollada en Játiva y Valladolid durante los reinados de Felipe V y Fernando VI.

Los caminos no fueron impedimento para la evangelización. La mayoría de la Península se vió recorrida por esa oratoria simple que llegaba directamente al corazón⁵ que caracterizaba a estos misioneros, plagada de recursos efectistas propios de los cualificados dramaturgos del Barroco. Sin embargo las dos Castillas y Andalucía eran las regiones más habituadas a estos «espectáculos». Aunque no faltaban allí, las grandes ciudades y las zonas de población dispersa no eran los escenarios más adecuados para el desarrollo de una misión. Esta «aristocracia de los predicadores», como les llama el profesor Barrio Gozalo, se desenvolvían mejor en los núcleos urbanos de pequeño y mediano tamaño⁶.

En este sentido el movimiento misional⁷, contribuyó a la extensión de la Reforma católica, a la difusión de la normativa nacida en el Concilio de Trento en aquellas núcleos y parroquias rurales más alejados de las ciudades castellanas y aragonesas. Y este aislamiento lo comprobamos en aquellas palabras del Padre León, otro de los jesuitas dedicados a misionar por la Península... «Había mujeres de veinte años abajo que, como no habían visto dar voces en la iglesia, cuando alzábamos el grito predicando, se escondían y tapaban las caras, porque les parecía que las queríamos castigar»⁸.

Si la labor educativa en los Colegios no fue el primer objetivo que tuvo San Ignacio en los años fundacionales de la Compañía, sin embargo bien claro manifestó que el principal empleo de los jesuitas que empezaban a extenderse por Europa a partir

³ EGIDO, Teófanos, «Religión», en la *Historia literaria de España en el siglo XVIII*, edición de Francisco Aguilar Piñal, C.S.I.C., p. 781.

⁴ DOMÍNGUEZ ORTIZ, A., «Aspectos sociales de la vida eclesiástica en los siglos XVII y XVIII», en *Historia de la Iglesia en España*, IV (Madrid, 1979), pp. 13-14.

⁵ TELLECHEA IDÍGORAS, J.I., «Misiones populares en el siglo XVII. Los jesuitas en la provincia de Castilla», en *Salmanticensis*, 43 (Septiembre-Diciembre 1996), pp. 421-438.

⁶ BARRIO GOZALO, Maximiliano, «Sociedad, Iglesia y vida religiosa en la España del siglo XVIII. Notas para un estudio demográfico, económico y socio-religioso», en *Anthologia Annua* 36, Roma, 1989.

⁷ MORÁN, Manuel y ANDRÉS-GALLEGO, José, «El predicador», en VILLARI, Rosario (dir.), *El Hombre Barroco*, Madrid, 1991, p. 193.

⁸ *Ibidem*. También en la obra HERRERA PUGA, Pedro, *Sociedad y delincuencia en el Siglo de Oro*, Madrid, 1974.

de 1540 era la «defensión y dilatación de la santa fe católica»⁹.

Siguiendo lo señalado por las Constituciones, el Prepósito General Claudio Aquaviva indicó en una carta que «el espíritu de nuestra vocación exige que los de la Compañía no estén fijos y de asiento en un sitio para vivir establemente en él».

Varios fueron los Padres que configuraron y perfeccionaron el método de la misión. No podemos olvidar en este sentido las contribuciones de Jerónimo López, Jerónimo Dutari, Tirso González, culminando en el siglo XVIII con el navarro Pedro Calatayud¹⁰. El valenciano Jerónimo López fue el introductor, tomando iniciativas anteriores, de lo que entonces fue llamado «Acto de Contrición», una gran Procesión de Penitencia, que se repetía en diferentes momentos de la misión. Un medio que pronto fue calificado como de oportuno para «conmover con saludable pavor los corazones, y sacar á muchos de la deplorable modorra en que yacen», en palabras del también jesuita Julio César de Cordara¹¹. El deseo de conversión y de mudar las viejas costumbres, hacía que en las misiones del P. López se insistiese en la importancia del sacramento de la Penitencia, convirtiéndose este jesuita en maestro de confesores con su libro *Casos raros de la Confesión*.

Sin duda las prácticas que había incorporado este misionero a la labor pastoral fueron transmitiéndose de unos Padres a otros. Tirso González fue posteriormente, como nos señala el «historiador» de la Compañía el P. Astrain, el misionero de las grandes ciudades. Jerónimo Dutari fue un continuador del método dibujado por su antecesor el P. López. Dutari fundó las llamadas Escuelas de María, una de las formas de hacer la labor misional perdurable a través del tiempo en aquel lugar donde se efectuaba. Contribuyó, igualmente este religioso, a extender la devoción a San Francisco Javier, además de intensificar el culto mariano, tan vilipendiado por las tesis de la reforma protestante pero impulsado en la España de los entusiasmados inmaculistas.

El navarro Pedro Calatayud fue el heredero de toda esta tradición misionera de la Compañía. Su perfeccionamiento, como señala el profesor Egido, llegó hasta límites insospechados, pues no dejaba campo libre a la improvisación de los misioneros. Un dominio de esta labor pastoral materializado especialmente en su conocida obra *Misiones y Sermones del Padre Pedro Calatayud, Maestro de Theología y Misionero Apostólico de la Compañía de Jesús de la Provincia de Castilla. Arte y método con que las establece, las cuales ofrece al público en dos tomos para mayor facilidad y expedición de los ministros evangélicos, párrocos y predicadores en misionar, doctrinar y predicar y para mayor fruto y bien espiritual de los próximos* (1754 y ediciones posteriores). En el primer volumen dispone la

⁹ Cit. por RODRÍGUEZ, Eduardo, SJ, «Las Misiones Populares en la Compañía de Jesús», en VV.AA., *Primer Congreso de Misiones Populares*, Loyola 1956-Sevilla 1957, p. 50.

¹⁰ GÓMEZ RODELES, Cecilio, SJ, *Vida del célebre misionero Pedro Calatayud de la Compañía de Jesús y relación de sus apostólicas empresas en los reinos de España y Portugal (1689-1773)*, Madrid, 1882.

¹¹ CORDARA, Julio César, SJ, *Historia Societas Iesu*, parte VI, tomo II, p. 398.

minuciosa organización de una misión, mientras que en el segundo aporta esos sermones que debían realizarse en circunstancias especiales ofrecidas a lo largo de la misma.

Y es que el entusiasmo del Calatayud escritor, antes se había traducido en su incansable ánimo por caminar por las tierras de España y Portugal, en esa «evangelización itinerante» y ese continuo misionar y predicar, desde aquel primer viaje a La Alberca salmantina en 1718. Este navarro de Tafalla había estudiado Filosofía en el Colegio pamplonico de la Compañía y Derecho en Alcalá. Cuando regresó a su tierra y a su antiguo Colegio, descubrió en los Padres Campoverde y Granada la vocación de misionar. En 1710 ingresaba en el noviciado de Villagarcía de Campos. En Salamanca contó con las enseñanzas del misionero P. Abarizqueta. Posteriormente fue profesor en los Colegios de Medina del Campo y San Ambrosio de Valladolid. Sus primeras misiones fueron por tierras zamoranas y vallisoletanas, cambiando las teologías de las aulas por aquella doctrina que intentaba sembrar por las calles y los púlpitos.

«El libro es un perpetuo y fiel Depositario de las palabras y pensamientos», decía Calatayud al formular sus propósitos en el prólogo de esta obra. Por eso era necesario que las experiencias que había vivido recorriendo toda España quedasen consignadas por la palabra impresa. Aunque siempre debía de quedar claro que el verdadero objetivo del misionero era, «instruir a los hombres en la justicia y la santidad, inclinándoles a lo bueno, y desviándoles de lo que es malo». Pero en esta «guerra contra el vicio y el Infierno», Calatayud creía que existían distintas «inventivas y modales». Sin embargo en la palabra del misionero, el deseo debía estar en «persuadir la verdad y convertir el corazón sin poner la mira en deleytar a los Oyentes: porque quanto mayor es el deleyte que recibe el oido (...) menos pasto sólido y sustancial recibe la voluntad»¹².

Calatayud estaba convencido que la Compañía de Jesús estaba destinada especialmente por Dios para «convertir almas, y hacer frente al Infierno, y á las heregías». Por eso interpellaba a todos aquellos que vivían cómodos en tantas parroquias y colegios en sus habituales labores: «Decidme aora, que escusa tendreis varios Sacerdotes, Religiosos y Jesuitas, en querer más vuestro retiro, y vida acomodada, o quieta, que no el salir, o trabajar en bien de las almas, quando el Hijo de Dios vino por ellas desde el seno de su Padre?»¹³.

Bien es verdad, que a juicio de este maestro de misioneros, no todos los religiosos tenían capacidad para ejercer ministerio tan destacado. Eran necesarios una

¹² CALATAYUD, Pedro, «Misiones y Sermones del P. Pedro Calatayud, Arte y Methodo con que las establece», Con privilegio. En Madrid Imprenta de Musica de Don Eugenio Bieco, año 1754. Prólogo al primer tomo, p. 13. (En adelante en las citas bibliográficas abreviaremos el título como lo hace el propio Calatayud en la obra «Arte y método de hacer misiones», indicando la parte del libro, capítulo y páginas donde lo podemos consultar).

¹³ CALATAYUD, *Arte y methodo de hacer misiones*, Madrid 1754, (I-1), p. 5.

serie de «talentos naturales», entre los cuales fijaba la autoridad y opinión para con los pueblos, «la libertad natural en predicar» sin que la timidez censurase su palabra, la «eficacia y energía en convencer el entendimiento», unida a la inevitable «eficacia en traer y mover los ánimos», la discreción y prudencia, además de la afabilidad en el trato con la gente, unido a la modestia en el comportamiento «que ayudan mucho». Pero el religioso debía descubrir su vocación en ese deseo por «clamar contra los vicios y predicar al alma». Para eso debía dedicar mucho tiempo al estudio y a la lectura que le facultasen para poder desarrollar todos aquellos ministerios incluidos en las misiones durante las dos o tres semanas en las cuales se desarrollaban. En el proceso de formación de un misionero era necesario el reunir materiales que facilitasen la predicación, como por ejemplo los símiles, motivos, ejemplos, parábolas o dichos que ya formaban parte de la predicación del propio Jesús como nos indican los Evangelios.

Por eso, además de esas cualidades naturales, detrás de un buen misionero y de un buen jesuita, debía existir siempre una buena biblioteca. Los libros eran esos «instrumentos y herramientas de su oficio» en palabras de Diego de Estella, y por eso desde sus años fundacionales los Colegios de la Compañía destinaban importantes partidas económicas a la dotación de sus bibliotecas. Una de las secciones más nutridas de éstas era aquella dedicada a la oratoria sacra¹⁴, «un misionero sin letras está expuesto a error». Pero el religioso debía «convertir almas» a través no sólo de sus palabras sino también de su ejemplo: «es cosa monstruosa una lengua parladora, la mano floxa, y en el seno, y una vida obscura y tenebrosa»¹⁵.

Por eso también era necesaria la oración, la mortificación de su cuerpo y de sus sentidos. Y en estos Calatayud no podía olvidar el sentido de la vista delante de una bella muchacha: «es preciso encontrar la vista con los semblantes de las mugeres, mas en ninguna se claven, ni fixen los ojos; passen si como sobre brasas, y no paren».

Ya tenemos al misionero formado y preparado pero ahora lo que debemos planificar, y para eso dá instrucciones precisas el propio Calatayud, es el lugar para misionar. Estos religiosos, puesto que solían trabajar de dos en dos, podían ser llamados por el obispo de la Diócesis o por el propio pueblo, villa o ciudad. Sin embargo el jesuita-misionero debía tomar informes sobre personas que podían apoyarle dentro de la diócesis; el carácter y costumbres de los habitantes de la villa a la cual iban a acudir, el clima del lugar y lo propicio de la fecha que pretendían elegir, la existencia o no de otras misiones en esa localidad y los frutos que de ella salieron,

¹⁴ BARTOLOMÉ MARTÍNEZ, Bernabé, «Las Librerías e Imprentas de los Jesuitas (1540-1767): Una aportación notable a la cultura española», en *Hispania Sacra*, 40 (1988), pp. 315-388. «...para este ejercicio amplio y complejo del púlpito, confesionario y cátedra, estableció la Compañía de Jesús sus bibliotecas o librerías (...) en ninguno de los centros jesuíticos, según la voluntad del fundador, faltó la librería, reservando también para ellas los honores y cuidados más exquisitos» (*op. cit.*, pp. 316-317). Tampoco olvida el padre Calatayud los libros que debe conocer el misionero en su labor pastoral (ver *Arte y methodo de hacer misiones* (II-1), pp. 83-86).

¹⁵ CALATAYUD, *Arte y methodo de hacer misiones*, Madrid, 1754 (I-4), p. 15.

información sobre el ciclo agrícola del pueblo con el fin de «casar los Pueblos con las Misiones», evitando igualmente que coincidiesen con ferias, toros y otras festividades que produjesen un concurso de gentes ajenas al misionar.

Una vez que se ha estudiado el escenario, se ponían en camino. Y Calatayud nos aporta todo tipo de detalles sobre las ventajas e inconvenientes de los distintos medios de transporte en aquellos siglos: «lo más proporcionado, o usado es ir a cavallo», acompañado de otro jumentillo que llevase todos los instrumentos necesarios para la misión. Pero el camino era largo y tortuoso, con diferentes etapas. Era necesario pernoctar en los mesones y posadas. Y aunque Santa Teresa dijese que la vida era como una mala noche en una mala posada, en ellas Calatayud encontraba mayor «libertad religiosa» que en las casas particulares, aunque el jesuita no dejaba de advertir posibles peligros: «en las posadas búsqese todo el retiro que sea posible de las cocinas, zaguanes o sitios donde hay mugeres, arrieros y otra chusma de gente». Sin duda el misionero debía intentar cambiar aquellos ambientes propios, según Calatayud, para la «bulla, bufonadas, maldiciones y palabras soeces»¹⁶.

«La verdad, no nos conviene a los Misioneros meternos en la conducta y gobierno de los Prelados», señalaba Calatayud a sus lectores, futuros o ejercientes misioneros. El jesuita navarro recomendaba que éstos no prestasen atención a las intenciones de los obispos, pero tampoco les hiciesen participar en peticiones para la Compañía. Sin embargo era necesario, para comenzar a predicar en la Diócesis, la debida autorización del prelado, «aunque los Misioneros de la Compañía de Jesús tienen privilegio de poder entrar misionando por una Diócesis, con la obligación, y sin presentarse, y sacar las licencias»¹⁷. Sin embargo consideraba Calatayud que para evitar «no hacernos odiosos en este privilegio», era prudente solicitar la firma del obispo en los documentos que facultasen en la labor pastoral. Pero no sólo insistía Calatayud sobre la relación con el prelado de la Diócesis o con otros grupos que pudiesen apoyar u oponerse a lo que los misioneros realizasen, sino que también señalaba los gestos que debían presidir el trato entre ambos religiosos: «Trabajen en lo posible en la uniformidad y conformidad del juicio».

Aunque el protagonismo se encontraba en los misioneros, a sus órdenes existía todo ese ejército que define Teófanos Egido: «curas, frailes, maestros, comisarios, encargados del orden procesional, de velas, de niños nazarenos». Incluso Calatayud cuenta con algunos seglares en su labor, pues persuaden e instan a otros más reacios,

¹⁶ CALATAYUD, *Arte y methodo de hacer misiones*, Madrid 1754, (I-7), pp. 54-58.

¹⁷ Para informarse sobre las debidas autorizaciones y patentes concedidas por los obispos a los misioneros CALATAYUD, *Arte y methodo de hacer misiones*, Madrid, 1754 (III-1) pp. 123-128. Según nos señala Calatayud esta Patente que el obispo tiene a bien conceder a los misioneros les permitía la posibilidad de predicar el Santo Evangelio, enseñar la Doctrina cristiana y ejercer los ministerios de su Instituto, absolver los pecados incluso aquellos reservados al obispo según lo determinan las Constituciones Sinodales, las facultades en votos matrimoniales, publicar Jubileos de la Misión, fundar Escuelas de María Santísima, del Corazón de Jesús, concesión de cuarenta días de indulgencia por asistir a los sermones...

a que se acercasen al púlpito, al confesionario y a la calle, escenarios todos de estas misiones. Sin embargo el jesuita navarro manifestaba un claro desprecio hacia el papel que podían representar las mujeres para llegar a un adecuado final:

«El mugerío es un gremio devoto, y fácil a estas primeras impresiones: unas hay embusteras que tienen en el disparador las lágrimas, suspiros y gemidos: otras que por su complexión tímida y blanda, lloran, se derriten y lloran a quatro afectos, y voces que oyen al Acto de Contrición: otras que soltando la rienda al sentimiento, pierden el sentido en fuerza de alguna congoja, y de estas tal cual la finge; para atajar este inconveniente les digo: 'Aquí no teneis que assustaros, ni andar con pataletas, porque daré orden que se ponga un cantaro de agua aquí cerca, y a la primera que se desmaye, se la echen toda': con este experimento enmiendan. Otras, y de estas casi todas fingiendolo empiezan a hacer gestos, ademanes y movimientos violentos, como de espiritadas; suelen ser ardid del demonio para interrumpir, y para que el gallinero de las mugeres que están cerca se alboroten, commuevan y el auditorio con la novedad buelva la cabeza, con que logra el diablo se pierda la atención por un rato (...) no hay duda, que tal qual vez hay alguna verdadera espiritada, pero de quatro partes, las tres lo fingen, y la amenaza muchas veces me ha salido bien, porque ya no rebuelven»¹⁸.

Y además del apoyo de las personas existían una serie de instrumentos que Calatayud consideraba necesarios para la efectividad de la misión. Aparte de las virtudes de las que debía hacer gala el religioso, portaba «armas» materiales propias de esa escenografía y teatralidad desarrollada en el Barroco. Para cada acto, para cada sermón contaba con un signo de efectividad: el Crucifijo en el Acto de Contrición, la imagen del alma condenada para el sermón del infierno, la talla del Ecce Homo en las Procesiones de Penitencia, las Bulas de Indulgencia... «la campanilla cuyo sonido por las calles aun en sueños a varios les ha hecho eco, y armonía; y assi otros instrumentos, que se juzgan conducentes para el mayor atractivo y fruto»¹⁹.

Todo ya se encuentra convenientemente planificado. Es hora de acercarse hasta las puertas o las proximidades de la ciudad para comenzar la misión. «Cogidos de repente -señala Calatayud- los gritos, sentencias y amenazas divinas, los llenan de pavor y temor, los penetran y hieren y suelen darse a discreción» El momento del día no podía ser otro que la caída de la tarde, mientras las tinieblas desdibujaban las siluetas de las casas y las espadañas de los conventos. A partir de ahí las calles se llenaban de hachas humeantes, sombras de un crucifijo y los acompasados toques de la campanilla. De la boca de los misioneros salían pregonando esas «saetillas», palabras que querían clavarse en las conciencias del pueblo denunciando la vida fugaz y llena de vanidades.

¹⁸ CALATAYUD, *Arte y methodo de hacer misiones*, Madrid, 1754 (III-7), pp. 154-155.

¹⁹ CALATAYUD, *Arte y methodo de hacer misiones*, Madrid, 1754 (II-5) pp. 118-119. Sobre el papel de la campana en las sociedades sacralizadas ALONSO PONGA, José Luis y SÁNCHEZ DEL BARRIO, Antonio, *La Campana, Patrimonio sonoro y Lenguaje Tradicional*, Valladolid, 1997.

Después que el misionero ha proclamado las indulgencias que poseía en sus manos, y de haber convocado al pueblo a los distintos sermones, rosarios callejeros y a los niños para la enseñanza de la doctrina, el jesuita se preocupaba por recordar día a día esta convocatoria a través de sentencias. Advierte Calatayud de las posibles excusas que podían exponerse para no acudir a la convocatoria misional... labores del campo, las adversidades climatológicas, los caminos... «Padre, somos de fuera - señala el jesuita como ejemplo- y está lexos. Respondo, otros vienen de más lexos, para una romería, fiesta de toros, ferias o para pleytear bien dexais vuestras casas y no está entonces lexos»²⁰. Por eso el misionero, en esta información previa que señalábamos líneas atrás, debía conocer las verdaderas circunstancias que rodeaban el ejercicio de la misión en aquellos días.

Pero también presentaba pautas de vida para el misionero durante las dos o tres semanas que permanecía en la villa o ciudad. Normalmente se evitaba gravar a los habitantes de estos pueblos con los gastos de la predicación. En numerosas ocasiones su financiación era soportada por distintas fundaciones²¹. El verdadero objetivo de los misioneros, según Calatayud, les «cerraba la puerta» a todo tipo de regalos procedentes del Cabildo, Ayuntamiento u Obispo... «no se abra la puerta a pedir limosnas desde el Púlpito, porque se verá cubierto de empeños para sacarlas y porque impresionados de que el Misionero reparte limosnas, no le dexarán los pobres, y es mejor que otros las repartan». Para el alojamiento del misionero lo mejor era que consiguiese carta recomendatoria desde el obispo para que algún eclesiástico los admitiese en su casa. Sin embargo siempre debía rechazarse la residencia en los Palacios episcopales durante el tiempo de la misión... «con los Príncipes y Prelados se ha de tratar como con el fuego». Sin embargo en el caso que el misionero tuviese que refugiarse en otros hogares que se le ofreciesen, el aposento debía permanecer siempre cerrado... «que no entren mugeres, ni criadas, especialmente doncellas, al aposento a servir la comida, luz y otras cosas precisas, si se puede lograr el que algún criado o muchacho o estudiante los sirva o a falta de este, alguna mujer anciana (...) no hay castidad en este mundo segura». En el sustento el misionero debía ser «sobrio y mirado... contentarse con un puchero de carne»²². Sin embargo esta austeridad en su vida podía romperse en los días de descanso, después de verse cumplidos sus objetivos, en alguna aldea o casa de campo «donde se pueda respirar».

Sin duda alguna la palabra predicada desde el púlpito era uno de los elementos protagonistas de la misión. Si decíamos que en ella existían muchos rasgos de la escenografía del Barroco, la predicación era el medio de comunicación habitual para

²⁰ CALATAYUD, *Arte y methodo de hacer misiones*, Madrid, 1754 (III-4) p. 148. Algunas de estas canciones de las que nos habla Calatayud, podían incluir palabras como éstas: Si os dieran un combite / la carne, el mundo o el diablo / lo admitiríais con gusto / por ir contra lo vedado. / Pues si Christo os combida / ¿por qué ha de ser despreciado? (Ver el artículo de TELLECHEA, J.I., «El Real Colegio de la Compañía en Salamanca y las Misiones Populares (1654-1766)», en *Salmanticensis*, 22 (1975), pp. 322-323).

²¹ MORÁN, Manuel y ANDRÉS-GALLEGO, José, *op. cit.*, p. 195.

²² CALATAYUD, *Arte y methodo de hacer misiones*, Madrid, 1754, (I-5) pp. 32-41.

el anuncio del Evangelio. Sin embargo el sermón se convertía, como señala Teófanos Egido²³, en un «espectáculo constante y habitual en el Antiguo Régimen». Un género que tan sólo podía competir con ese teatro tan insistentemente vilipendiado por los predicadores del momento²⁴. El sermón era un producto demandado y necesario en cualquiera de las celebraciones de esta sociedad. Por eso el púlpito era el principal medio de comunicación, pero a la vez de manipulación, para estas gentes que escuchaban pero que no leían debido al elevado grado de analfabetismo. Una predicación barroca tan puesta de manifiesto por el P. Isla en su polémico Fray Gerundio, donde revela «los contenidos, las formas, los medios y los fines» de estos predicadores.

Era necesario que el misionero, como predicador, poseyera unas cualidades específicas. Aunque el estilo en estas labores pastorales era directo e impactante a la vez, el predicador debía poseer agilidad en su manejo sobre las Sagradas Escrituras, pero también sobre la Tradición que el Concilio de Trento reconocía como textos revelados, es decir, conclusiones conciliares, documentos pontificios y los escritos de los doctores de la Iglesia. Pero además de dominar aquella teología, la capacidad de exponerla con gracia y habilidad era indispensable... «la eficacia y moción de los sermones -decía Calatayud- no consiste en solo el papel, sino en la virtud y destreza de decirle».

El sermón debía ser cuidadosamente preparado. Para esto el predicador contaba con los libros y con su propia experiencia. En las obras de Calatayud podemos encontrar numerosas «anécdotas», si así podemos llamarlas, ocurridas durante los días de misión en los más diversos lugares. Una vez recogidos los datos era necesario asimilarlos. Señalaba el Padre Dutari que «las doctrinas como sermones se deben saber bien de memoria». Calatayud corroboraba lo señalado por su antecesor... «los sermones si no se estudian salen mal; ya se dexa, ya se repite algo, ya se derrama paja, y no grano; ya las entradas y salidas de los puntos, párrafos y sentencias no salen con armonía». Los tratados clásicos recomendaban al predicador, que para el adecuado estudio de su sermón, escribir y esquematizar eran los mecanismos más adecuados. No obstante tendría que poseer el suficiente dominio sobre la improvisación.

La palabra del sermón, en las misiones populares, llegaba hasta los rincones más insospechados. Comprobaremos que las ciudades se volcaban en estos días de penitencia. El predicador vivía en la calle su ministerio, aunque reconocía que la iglesia se convertía en el escenario adecuado para escuchar su palabra. El templo donde se alzaría el púlpito del misionero debía ser capaz de albergar al gentío suficiente, además de facilitar su arquitectura la escucha y contemplación adecuada del predicador desde los diversos ángulos de la iglesia.

²³ EGIDO, Teófanos, *op. cit.*, p. 761.

²⁴ ESQUER TORRES, Ramón, «Las Prohibiciones de Comedias y Autos Sacramentales en el siglo XVIII», en *Revista Segismundo, Revista Hispánica de Teatro*, nº 2, CSIC, Madrid, 1965 pp. 187-226. PARRONDO, Luisa y BRISSET, Demetrio, «Las fiestas de los jesuitas en España», en *Historia 16*, nº 164, Madrid, 1989.

«En sus funciones -señalaba Calatayud- se ha de acomodar el predicador a la capacidad y calidad del auditorio». Esa naturalidad y moderación que aconsejaban los manuales, también estaba acompañada de una adaptación del tono de la voz al auditorio. Señalaba Francisco de Terrones en el siglo XVI, predicador de Felipe II y «rey de los predicadores» como se le conocía... «que al vulgo, a gritos y porrazos; al auditorio noble con blandura de voz y eficacia de razones; a los reyes, casi en falsete y con gran sumisión». Lo cierto es que para el jesuita navarro la pronunciación se veía complementada por movimientos de la cabeza y de los brazos y por todo un lenguaje de los gestos y de la mímica que formaban parte de la escenografía. El mismo Terrones hablaba de la moderación en lo que se llamaban necesidades naturales (toser o limpiarse el sudor). La habilidad del predicador era procurar que el auditorio permaneciese pendiente de sus palabras de forma constante.

El sermón se integraba en todo un programa perfectamente meditado. Existían, a lo largo de la misión, aquellos dedicados al infierno, al sexto y séptimo mandamiento y al no menos importante de la reconciliación de los enemigos. Calatayud reproduce en su obra perfectamente el estilo que el predicador debía manifestar desde el púlpito:

«La palabra divina penetra más que espada de dos filos, y entra hasta la médula de las conciencias, haciendo anathomia de los mas secretos afectos, intenciones y pensamientos (...) y entonces salen del auditorio, como la fiera clavado el harpón, y dándoles en lo vivo, no paran, no descansan, suspiran, claman y dan buelcos en el lecho, no solo de su conciencia, sino a veces de su cama, hasta que sale la saeta y el pecado (...) Siempre (en la predicación) se ha de tirar a herir, a herir, las conciencias, a remover las espinas del vicio que están ya como encalladas por los callos y dureza de sus conciencias. El vinagre y la sal escuecen si llegan a la llaga mas no en una mano sana; la palabra y la doctrina escuece si se aplica bajando a casos particulares como sal adonde está la herida del pecado. Vayan ejemplillos para la práctica. Primero: ‘¿Dónde está aquel muchacho, que no ha llegado a doce años y ha tenido ocho veces enredos deshonestos y feos tocamientos con niñas y aún con una hermana suya?’. Estas palabras alteran, inmutan a varios muchachos de los que oyen, y aún a los grandes, que se acuerdan de cuando eran niños porque sacan la cuenta en su interior, y uno dice: ‘Más veces he tenido yo’; otro dice: ‘¡Ay, que con mi hermana hice esta maldad!’ (...). Y con este arte de sagitar se les entra el temor, se horrorizan, de suerte, que pudiera contar muchos casos en que de medio a medio se cogía ya a éste ya al otro por el predicador: ‘Fulana, no te basta haber tenido acciones horrendas con tu marido antes de casarte, y con tal joven, sino que con tu mismo cuñado has hecho una maldad; ese cuerpo arderá en vivas llamas si no haces penitencia de tu maldad’. Esta sentencia hiere, coge o entristece a muchas, que han prevaricado con sus cuñados o sus apalabrados; y como la batería de las doctrinas y de los sermones prosigue, les pone una noche de tristeza en la conciencia, no pueden sosegar muchísimas almas, hasta que en una buena confesión lanzan todo el veneno y malignos humores de sus pecados que tenían reconcentrados»²⁵.

²⁵ CALATAYUD, *Arte y methodo de hacer misiones*, Madrid, 1754, (II-2) pp. 87-101.

En definitiva el sermón creaba un clima de entusiasmo a los fieles, que permitía rechazar todo aquello que hasta unos momentos antes formaba parte del hacer y del hablar cotidianos. Un entusiasmo que conducía a espontáneos «Vivas a Jesús» cuando de blasfemia se hablaba o se traducía en abrazos cuando el predicador señalaba el precepto cristiano de olvidar las ofensas de los deudores. Eran las procesiones las que extendían el espíritu de penitencia por las distintas rúas de la villa, con un orden muy bien definido. Las disciplinas, sólo para hombres, se realizaban en las iglesias en medio del canto penitencial del Miserere. Contra las habituales, cotidianas y citadas blasfemias el misionero disponía también un momento adecuado, con el grito en voz templada de «¡Viva Jesús, mueran los juramentos!». Las procesiones penitenciales, tan criticadas y vilipendiadas por su espíritu tan alejado de los aires nuevos de las luces, recorrían igualmente las calles con los hábitos penitenciales, sogas al cuello, disciplinantes de sangre y niños nazarenos. El Asalto General tal y como se conocía en Castilla al Acto de Contrición, incluía entre su clientela a las mujeres. Pretendía con esta función atraer el misionero a aquellos que huían de la misión, a través de una procesión general y solemne.

No podía quedar tanta penitencia y predicación fosilizada en vagas intenciones de conversión. Para eso se concluía con la comunión general, la reconciliación de enemigos, apaciguamiento de bandos rivales en localidades más pequeñas, la denuncia de comportamientos de usura y abuso de los más poderosos o de conductas moralmente reprobables (léase amancebamientos o prostitución). Para evitar la brevedad de la caída en la tentación se solicitaba la creación de Congregaciones que recordaban el espíritu reinante durante estas dos o tres semanas, acompañado de otras prácticas necesarias como eran los rosarios de la aurora. De todas formas Calatayud aconsejaba desde el principio que «conviene la espera y paciencia en coger fruto y no afligirse, quando los primeros días parece que están duros, y que se mueven poco; porque la palabra Divina es como la lluvia de Invierno pausada, que va poco a poco penetrando, y empapándose en la tierra: conviene insistir; el árbol o tronco, que no cae con quatro golpes de la hacha, caerá al quinto; si al quinto no al sexto (...) El Predicador debe ser oído como voz, como órgano, y como boca por donde habla Dios al auditorio, y no el hombre»²⁶.

Una misión de los jesuitas en la Játiva de la Guerra de Sucesión (1712)

En abril de 1712 el confesor de Felipe V²⁷, el jesuita Pedro Robinet, recibía una prolongada e intensa carta desde el Colegio San Pablo de la Compañía de Jesús en

²⁶ CALATAYUD, *Arte y methodo de hacer misiones*, Madrid, 1754 (II-3) pp. 110-113.

²⁷ Para conocer la figura del confesor real jesuita durante los reinados de Felipe V, Luis I y Fernando VI la obra de ALCARAZ, José, *Jesuitas y Reformismo. El P. Francisco de Rávago (1747-1755)*, Valencia, 1995.

Valencia. El remitente era su hermano de religión, el Padre José Gamir. A lo largo de las líneas, y con una letra firme y clara, el jesuita valenciano le relataba los días vividos en la Colonia de San Felipe, el nuevo nombre que el rey había otorgado a la antigua e histórica ciudad de Játiva. Por eso una misión popular realizada en estas tierras rebeldes al Borbón en 1712 era de suficiente interés como para informar al confesor de Su Majestad, es decir, a una de las manos decisivas de la política real.

Játiva ocupaba un «espacio estratégico de corredor natural»²⁸ entre la zona costera mediterránea y el interior de la Península Ibérica. Tras la muerte de Carlos II, un grave conflicto se planteaba no sólo en España sino en todo el territorio europeo, una guerra que en las coronas de Aragón y Castilla tenía profundos tintes civiles. A pesar de que el testamento del último Habsburgo español otorgaba la corona al nieto de Luis XIV, el duque de Anjou, importantes potencias del continente prestaban su apoyo al hijo del emperador alemán, el archiduque Carlos de Habsburgo. Tras la promesa del pretendiente austriaco de conservar los fueros de los reinos de la corona aragonesa, Valencia mantuvo su fidelidad a Felipe V hasta 1704. Sin embargo en estas tierras la Guerra de Sucesión, como nos señala Domínguez Ortiz, tuvo un carácter eminentemente social, ya que a la masa popular el problema dinástico planteado tras la muerte del malogrado Carlos II poco les podía importar²⁹. Játiva, la segunda ciudad más importante del reino de Valencia, se convirtió después de la batalla de Almansa (1707) en el símbolo de la resistencia contra la autoridad de Felipe V. Poco tardaría el rey en ordenar el incendio y destrucción de Játiva después de haber plantado los setabenses cara en un polémico sitio a las tropas hispanofrancesas³⁰.

«Las leyes, las historias y los autores todos -escribía Macanaz al rey Felipe- de una y otra jurisprudencia, y los señores Padres de la Iglesia griega y latina traen infinitos ejemplos y sientan con magisterio que sin tanto delito como el de la infeliz Játiva, muchas otras ciudades del mundo han sido quemadas, aradas y sembradas de sal; y que es permitido al Soberano y sus armas por el derecho de guerra, y la deben hacer siempre que convenga o no se pueda pasar por otro medio, y que una vez abrasada la ciudad y sus habitantes exterminados, todo quede en el fisco y ya no hay más representación de lo que fue»³¹.

²⁸ BLESÀ I DUET, Isaïes, *El Municipi Borbònic en l'Antic Règim: Xàtiva (1700-1723)*, Xàtiva, 1994, p. 29. Para conocer la situación de Játiva en las dos primeras décadas del siglo XVIII, además de la citada obra de Blesa Duet, podemos añadir SARTHOU CARRERES, Carlos, *Datos para la historia de Játiva*, tomo II, pp. 11-146, Játiva, 1935. VILA MORENO, Alfonso, «De Xàtiva a San Felipe», en los *Anales de la Academia de Número de la Academia de Cultura Valenciana*, Valencia, 1990. RAMÍREZ ALEDÓN, Germán, «La Crema de Xàtiva en 1707», en *Fira d'Agost 1996*, Xàtiva, 1996. KAMEN, Henry, *La Guerra de Sucesión en España, 1700-1715*, Barcelona, 1974. MARTÍN GAITE, Carmen, *El proceso de Macanaz. Historia de un empapelamiento*, Madrid, 1970.

²⁹ DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio, *Sociedad y Estado en el siglo XVIII español*, Madrid, 1990, p. 45.

³⁰ RAMÍREZ ALEDÓN, Germán, «La Crema de Xàtiva en 1707», en *Fira d'Agost 1996*, Xàtiva, 1996.

³¹ Cit. por PÉREZ APARICIO, Carmen, «El clero valenciano a principios del siglo XVIII: la Cuestión Sucesoria», en *Estudios de Historia de Valencia*, Valencia, 1978.

Junto al incendio, la ruina de su vega y de su huerta producía graves consecuencias, incluso, para los intereses de la Hacienda Real. Las peticiones por una reedificación empezaron a llover. Gracias a los contactos de Macanaz, nombrado juez privativo de los bienes de rebeldes de Játiva y del reino de Valencia y del inglés Tobías del Burgo, con la Princesa de los Ursinos y el confesor real Pedro Robinet, consiguieron vencer la obstinación de Felipe V, firmando en noviembre de 1707 el decreto de reconstrucción de la antigua ciudad de Játiva, con el nuevo nombre de San Felipe.

Dos testimonios contemporáneos, los de Macanaz y los del cronista carmelita fray Carlos Castañeda, tan diferentes en la exposición del juicio, comportan análisis historiográficos diversos. Mientras Domínguez Ortiz, haciéndose eco de las afirmaciones de Macanaz, cree que «Játiva se recuperó con rapidez gracias, no sólo a la fertilidad de su término, sino a la importancia de su industria sedera, que daba trabajo a 1.200 personas»³², Isaïes Blesa señala que el proceso de recuperación de la antigua Játiva se va ralentizar en distintos campos de la vida urbana, económica, social y en los comportamientos demográficos de la población que aquí habitaba, hasta una mejoría iniciada en la segunda mitad del Setecientos³³. De cualquier forma, a esta Colonia Real de San Felipe, tan agrícola pero menos clericalizada y nobiliar que la ciudad de 1707, llegaron dos jesuitas valencianos para iniciar una misión popular, integrada en este programa de regeneración de estos «infieles súbditos».

«Xativa era la ciudad más viciosa y escandalosa de este Reyno -señalaba el Padre José Gamir, religioso del Colegio San Pablo de Valencia- como era fama constante, y la ocupación continua de Virreyes y Ministros assí eclesiásticos como seculares». La verdad es que el jesuita valenciano no se explicaba la razón de este público y continuo escándalo. «En lo exterior avía de ser un oratorio, pues la asistían la Iglesia Colegial, Tres Parrochiales, nueve comunidades de religiosos y dos de religiosas, con muchas cofradías y exercicios de piedad»³⁴. Sin embargo la razón de los pecados de los setabenses, según Gamir, se encontraba en que era «fragua de insolencias y de escándalos manteniendo siempre entre sí los moradores inquietos y desuniones, solo eran conformes con la mortal aversión de Jesuitas y Franceses, aviendo sucedido en diferentes ocasiones horror los casos contra éstos»³⁵.

³² DOMINGUEZ ORTIZ, Antonio, *op. cit.*, p. 269.

³³ BLESAS DUET, Isaïes, *op. cit.*, p. 58.

³⁴ BIBLIOTECA UNIVERSITARIA VALLADOLID (De aquí en adelante BUV), Manuscrito 342, f. 114. En el Archivo General de Simancas (AGS) en la sección Gracia y Justicia, leg 666 existe una «Relación de los Conventos de Religiosos y religiosas que tenía la ciudad de Játiva antes de su ruina y exterminio e estado que ahora tienen sus fábricas, número de religiosos que en ellos avia y los que fueron buenos vasallos: rentas que tenían y rebaja que han tenido, redactada a Reales de a ocho, que es lo mismo que libras, por averseles de pagar los censos a tres por ciento según la Real Pragmática; las que han perdido en las cassas arruinadas, y lo que tenían sobre tierras de reveldes, de que a unno se les ha dado satisfacción, respecto de que el Arçobispo no les ha dexado pedir en este Juzgado donde toca, ni aunque extrajudicialmente se reconociesen los títulos de las rentas que tenían».

³⁵ BUV, Ms. 342, f. 114v.

Gamir elogiaba la labor realizada por Macanaz en Játiva, pero denunciaba la complicada situación de la sede episcopal valenciana, con su arzobispo (Folch de Cardona) exiliado en Viena por austracista y con una diócesis gobernada por vicarios desde 1710 hasta la muerte del prelado en la capital danubiana en 1724³⁶. ¿Los jesuitas fueron todos proborbónicos? El profesor Mestre admite que la toma de partido de la Compañía durante la Guerra de Sucesión es un problema complejo. Durante y después del conflicto fueron muchos los jesuitas que se mostraron en sus sermones partidarios de la obediencia a Felipe V. Pero en la Compañía existió también esa división política que apareció en tantas otras órdenes religiosas³⁷. Por eso Gamir no podía dejar de hablar de los religiosos que entraron en la ciudad tras la fundación de San Felipe. Si al principio se promulgó la orden que impedía la entrada de regulares, «ahora (en 1712) pasan de 20 de diferentes órdenes con el empleo de cuidar los intereses de los Conventos o de sus Parientes»³⁸. Cuando llegaron los jesuitas a Játiva la Iglesia Colegial no tenía ningún confesor ni predicador, «siendo ocho los Canónigos y unos veinte los residentes (...) Ay dos o tres eclesiásticos propios de aquella Iglesia muy hábiles, pero inhibidos de poder entrar en la Iglesia, por si fueran desafectos al Rey - Aviendo otros que lo fueron, igualmente, o mas, y están admitidos». Después de comprobar esta delicada situación espiritual «assí es preciso buscar de afuera el remedio»³⁹.

Pocos días antes de la Cuaresma llegaban a Játiva el referido Padre José Gamir, acompañado de otro religioso. Primero intentaron verificar todas las informaciones

³⁶ DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio, *op. cit.*, p. 44. PÉREZ APARICIO, Carmen, «El clero valenciano a principios del siglo XVIII: la Cuestión Sucesoria», en *Estudios de Historia de Valencia*, Valencia, 1978. PUJOL AGUADO, José Antonio, «El Clero Secular al servicio del Estado. Intento estatal de control de la Iglesia durante la Guerra de Sucesión», en *Revista de Historia Moderna-Anales de la Universidad de Alicante*, núms. 13-14 (1995), pp. 73-93. Si al principio de la Guerra el prelado había mantenido una actitud dudosa, después se manifestó partidario del rey Borbón hasta que en 1710 se pasó a las filas del Archiduque. Folch de Cardona acompañó a Carlos de Habsburgo en su segunda entrada en Madrid, actitud que confirmaba las reticencias que Macanaz había manifestado hacia el arzobispo de Valencia. Según Pérez Aparicio, los problemas del prelado con el juez de bienes confiscados, la ruptura de relaciones entre Felipe V y Roma en 1709 y el auge de la causa austracista en estos momentos de la contienda, condicionó el cambio de bando de Folch de Cardona.

³⁷ MESTRE, Antonio, «Los antecedentes del Instituto de Valencia», en VV.AA., *Institut Lluís Vives, 150 anys d'història*, Valencia, 1997, p. 17.

³⁸ Según la Relación anteriormente citada antes de 1707 (AGS, G^a y J, leg 666) el convento de Santo Domingo tenía una comunidad de 60 frailes (6 fueron leales a los Borbones), San Francisco 60 (4 leales), San Agustín 40 (8 leales), Carmelitas Calzados 32 (8 leales), La Merced Calzada 40 (9 leales), Trinitarios Calzados 30 (12 leales), Franciscanos descalzos 30 (sin leales), Capuchinos 24 (1 leal), Monjas dominicas 40 (6 leales), Monjas franciscanas 43 (12 leales), La Colegial 94 (27 leales), mientras que San Pedro, San Juan y Santa Tecla eran ayudadas a la Parroquia de la Colegial.

³⁹ BUV, Ms. 342, f. 116. En febrero de 1714 el Deán de la Colegial, Diego de Laviña, envía a Macanaz un informe de los eclesiásticos que habían regresado a Xàtiva con permiso de la Curia de Valencia, con mayoría mayoritaria de »proborbónicos«. Días después el Fiscal de Valencia, Jacinto Ortí, señala al Consejo de Castilla que han desembarcado en costas valencianas eclesiásticos procedentes de Barcelona, dirigiéndose a San Felipe. De los religiosos retornados, la mayor parte fueron rebeldes -en contradicción al Deán setabense-, iniciándose una exhaustiva investigación (BLESA, *op. cit.*, pp. 38-48).

que habían reunido sobre tan delicado lugar. Ambos se dirigían a Onteniente, donde los jesuitas tenían un Colegio desde 1705⁴⁰. Después de contar con las autoridades de la ciudad, y con estas provisiones, ambos Padres de la Compañía regresaron a Játiva, «liderando» un grupo de clérigos que les auxiliarían en sus funciones⁴¹. Conocían que existía entre algunos setabenses reticencias a su presencia y al desarrollo de su actividad pastoral... «el decirse que los Misioneros iban a ocupar uno de los Conventos y las ventas de algunas comunidades para fundar un Colegio en aquella ciudad, no obstante se allanó con facilidad todo, desengañándoles la expresión del fin del bien de sus almas, que nos conducía a la población, y el tiempo les ha desengañado más, viendo nuestro obsequio y protección a los pocos religiosos que avía en la Ciudad». Los jesuitas se sustentaron de la limosna concedida desde la mitra, a pesar de sus problemas, morando en una casa particular.

Estos días de penitencia coincidieron con el novenario de San Francisco Javier, fijado para los primeros días del mes de marzo. Como buenos Padres de la Compañía, no podían hacer un mejor planteamiento de la santidad, que aquella que manaba del ejemplo de este santo jesuita que dedicó buena parte de su vida a extender, por misiones, el Evangelio en el Oriente más extremo⁴².

El primer domingo de Cuaresma, «aviendo concurrido a la Ciudad numerable gentío de los lugares vezinos, y Huerta se dió principio a la misión con una devotísimas procesión», esperando que los anuncios de convocatoria llegasen a la mayor parte de la población. Los jesuitas deseaban que todos los setabenses conocieran su presencia, por eso se dirigieron a los arrabales de Játiva, donde «la gente especialmente mora (probables descendientes de conversos) se escondió y cerraba en las cassas y la que avía en las calles huía a los campos». Su presencia en San Felipe la consideraban providencial... «Dios, cuyas ocultas Providencias son inasequibles, quiso dilatar el remedio de aquel infeliz País dexándole morir para poderle resucitar». Como vemos los religiosos justificaban, a través del reclamo divino, una decisión política que necesitaba de constante explicación... aquel lugar era otra Ginebra o Pueblo Bárbaro, y contra él se pedían en la Corte informes.

Desde el principio los jesuitas manifestaron claros deseos de mejorar la enseñanza del Catecismo entre los niños setabenses. Como otros tantos aspectos de la vida ciudadana la situación educativa de Játiva era muy precaria. Eran esos estudios «a estilo grotesco» como señalaba décadas después Joaquín Lorenzo Villanueva⁴³.

⁴⁰ ASTRAIN, Antonio, SJ, *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España*, t. VII, Madrid, 1925, pp. 34-36.

⁴¹ BUV, Ms. 342, f. 101.

⁴² BENNASSAR, Bartolomé, «Contrarreforma y repliegue cultural», en GARCÍA SIMÓN, *Historia de una cultura*, tomo III, Valladolid, 1995, p. 148.

⁴³ LORENZO VILLANUEVA, Joaquín, *Vida Literaria* en la edición, estudio preliminar e Índice Onomástico de Germán Ramírez Aledón, Alicante, 1996, p. 110. Para ver la evolución de la educación de Játiva desde su reconstrucción hasta finales del siglo XVIII la obra de TORREGROSA, Vicent, *Il·lustració y Educació. Xàtiva (1707-1798)*, Xàtiva, 1988.

Sin embargo los misioneros veían necesario comenzar de forma intensa la enseñanza del Catecismo. Para eso, los jesuitas intentarían que no se les escapara un sólo niño en los barrios y arrabales de Játiva Y una forma de atraer a los pequeños era a través de los premios. El ejercicio catequético se iba a extender en principio a lo largo de la primera semana cuaresmal. Sin embargo los jesuitas pudieron comprobar la afluencia mayoritaria y la ignorancia doctrinal que demostraban algunos jóvenes «de 15 y 16 años, que aún perfectamente no sabían persignarse». Todo esto obligó a extender este ejercicio, «convirtiéndolo en formación de escuelas públicas de catecismo para niños y de costuras o casas de labor con sus maestras hábiles para niñas». Para evitar todo tipo de confusión, el misionero avisó desde el púlpito de la gratuidad de estas enseñanzas... «conociendo los adultos el beneficio grande que lograban ellos, y los niños aviendo despertado del pernicioso sueño y olvido de la Santa Doctrina, no cessavan entre lagunas de gozo de echarnos mil bendiciones por esta enseñanza (...) y hubo mugeres de 40 años, que ignorando la doctrina, viendo la obligación en doctrinar a sus hijos solo por el fin de salir de sus ignorancias, rogavan a los misioneros dedicasen un rato todas las tardes para instruir las en la silla del confesionario»⁴⁴.

No podía dejar de manifestar al Confesor Real, su satisfacción por los progresos educativos que habían experimentado los niños setabenses en la mitad de la Cuaresma, «de suerte que sin lágrimas de gozo no podía uno preguntarles, pues así en las clases, como en la Iglesia, en tiempo de los sermones, en que por lo común se ponían juntos, ni se oía una palabra entre ellos, sino con las manos compuestas y atentísimos oían la divina palabra, siendo así que al principio parecían unos bárbaros y rapazes sumamente traviesos e inquietos»⁴⁵. Los misioneros insistieron que los maestros Gramáticos debían enfatizar más en la enseñanza de la doctrina, a pesar de que ellos no dejarían de visitar la clase tres veces a la semana para preguntar de primera mano los contenidos de la catequesis. Sin duda, al final de la misión, el Padre Gamir manifestaba su satisfacción por los resultados obtenidos... «en este empleo de la buena educación y crianza de la juventud se puso tanto cuidado sin perdonar a trabajo alguno, así por aver mayor necesidad de este exercicio como por pender de el la subsistencia del fruto de la misión».

El Padre Gamir y su compañero decidieron fomentar en los días laborables de la semana algunas prácticas misionales. Las actividades serían diferentes para aquéllos que vivían dedicados a los trabajos del campo y de la huerta, mientras otras estaban dirigidas a la «gente de porte y eclesiásticos». Se convocó a los labradores al rezo del rosario, para empezar posteriormente a explicar un mandamiento del decálogo y terminar con el ejercicio de la disciplina que precedía al canto de la Pasión. Este ambiente de penitencia encaminaba hacia la confesión... «y al fin se despedía a las mugeres y cerradas las puertas se hacía la disciplina con gran moción y fervor por

⁴⁴ BUV, Ms. 342, ff. 102v-103.

⁴⁵ BUV, Ms. 342, f. 103.

espacio de un Miserere». Lo señalaba Calatayud en su Manual para misioneros, para aquéllos que eran incapaces de realizar la penitencia en su casa, el ejemplo de los que les rodeaban, les animaba a la práctica de este ejercicio penitencial... «ninguno se azote con cadena, ni con disciplina de hierro, ni se azote arriba en las espaldas: vuestras disciplinas sean de cuerda». Una penitencia acompañada por la ausencia de la luz dentro de la iglesia, los cantos del Miserere y De Profundis y el sonido de la campanilla... «todo eran sollozos -narraba Gamir- golpes a los pechos y ponerse en cruz. Hubo algunos que de este ejercicio se han movido a mudar de vida»⁴⁶.

Como buenos jesuitas debían fomentar la práctica de los Ejercicios Espirituales escritos por San Ignacio de Loyola. Gamir creía que la práctica de los *Ejercicios ignacianos* había conducido irremediabilmente a las confesiones generales, elemento tan principal en el desarrollo de las misiones populares. No faltaban las recomendaciones de Calatayud hacia los misioneros cuando delante del confesionario se arrodillaba una mujer:

«Si se ofrece confessarlas, tengase la cautela de poner un pañuelo el Misionero entre la rexilla del confesionario, y su rostro: lo primero porque varias sin malicia meten los dedos por la rexilla; y si los huecos son más anchos de lo que aquel peligroso sitio permite, suelen meter incautamente la nariz: lo segundo, porque no peligre por la vista, no siendo bien mirar lo que es ilícito desear: y es aquel sitio arriesgadísimo para que los ojos se deliberen, y harten de complacencia sensual, y expuesto a que los penitentes observen algun afecto, o mudanza en el semblante del Confessor: y este peligro se ataja con una pared de lienzo en medio»⁴⁷.

Gamir, ante la afluencia de público, pidió ayuda a dos eclesiásticos junto con otros religiosos de diferentes órdenes. En el confesionario el misionero recomendaba que el carácter tornase... «quanto ha de tener de dulce, y suave un Misionero en el Confesionario -dice Calatayud-, tanto ha de tener de eficaz y fuerte en el Púlpito».

A principios del mes de marzo llegó el tiempo del novenario de «San Xavier». Era el momento fuerte de los sermones, de la doctrina y de las procesiones por las calles de Játiva. «El sitio más oportuno y destinado para oír la Mission es el Templo de Dios», señalaba Calatayud. En estos diez días de misión se intensificó el ambiente de penitencia en la ciudad, a través de los llamados Actos de contrición nocturnos, que además de recorrer sus calles principales, salían de nuevo a los arrabales para instar a los más reticentes... «el horror que les causavan las saetas o Jaculatorias, que se cantaron por las calles sin deliveración les hazia ocultar por las casas, bien que recobrados algo salían de ellas para acompañar a Cristo». Desde el púlpito no faltaba la relación de los milagros de San Francisco Javier, porque estas sociedades sacralizadas necesitaban de lo milagroso y de lo maravilloso... «y todo el gran concurso del

⁴⁶ BUV, Ms. 342, ff. 104-104v.

⁴⁷ CALATAYUD, *Arte y methodo de hacer misiones*, Madrid, 1754 (I-6), p. 49.

auditorio repetía con devoción y ternura las palabras de la fórmula del Novenario que cerraban los gozos cantados del Santo con acompañamiento de música (...) hubo tardes en que se hubo que interrumpir el acto de contrición por los sollozos, voces y desmayos del auditorio, predicando sin duda mas desde su altar el Santo patron San Xavier que el misionero desde el púlpito»⁴⁸.

Las confesiones no cesaban... «las aprehensiones de las gentes, especialmente en estos años de turbaciones, bien extravagantes, los hodos, las invenciones del diabólico, los raros acaezimientos, perturbaciones y lazos del demonio y las conciencias bien intrincadas». Hasta tal punto que los jesuitas tuvieron que recurrir en más de una ocasión a «la pericia de los maestros de Theología de este Colegio de San Pablo»⁴⁹. Pero en estas sociedades sacralizadas no podían faltar las conversiones espectaculares donde se encontraba presente el demonio o las narraciones milagrosas en las cuales San Xavier intercedía como santo protector. Los habitantes de aquellas sociedades veían con naturalidad la convivencia entre los seres fantásticos, los espíritus enemigos y las legiones de ángeles. Eran mentalidades donde se desarrollaban, como lo expresa gráficamente el profesor Teófanos Egido, auténticas «guerras cósmicas».

Pero no podía terminar este novenario sin una gran Procesión de Penitencia, como gran Acto Final, «a fin de santificar aquellas calles y plazas de la infeliz y arruinada ciudad». Gamir narraba con detalle aquel cortejo. Los niños y niñas precedían la procesión, vestidas de María Magdalena (modelo de pecado y de arrepentimiento que conducía a la santidad, tal y como plasmó en madera policromada Pedro de Mena) y niños nazarenos, con vestiduras blancas y moradas, corona de espinas, con soga de esparto pendiente desde su cuello y portando cruces en sus manos. Los penitentes, igualmente coronados de espinas les seguían, saliendo todos ellos de la Iglesia Colegial, sin un orden riguroso, imposible de guardar por el gran gentío que allí se reunió. Calatayud en su Manual señalaba unas instrucciones rigurosas para que esta procesión discurriera con orden... «cruces pesadas a cuestras, barras de yerro, arrastrar cadenas, golpes en las mejillas y otras demostraciones de sentimiento retrataban vivamente a Nínive penitente». Después el cortejo regresó a la Colegial donde, como era costumbre, los hombres fueron separados de las mujeres en su distribución por el templo:

⁴⁸ BUV, Ms. 342, ff. 106v-107.

⁴⁹ Entre los libros que Calatayud recomendaba a los misioneros, para que llevaran consigo, se encontraba el *Prontuario de Teología Moral*, escrito por el dominico Francisco de Lárraga y cuya primera edición es de 1706. Aunque estaba especialmente indicado para aquellos clérigos sin demasiado bagaje teológico, el mismo Calatayud se lo recomendaba a sus jesuitas que poseían una formación mucho más completa y no «tenían en la uña todo el Lárraga», como satirizaba Isla en el *Fray Gerundio*. Adopta el dominico la forma tradicional de las preguntas y respuesta, y precisamente, por no ser en exceso científico, ni tampoco original fue sumamente práctico. (Ver EGIDO, Teófanos, *op. cit.*, pp. 752-760). Antonio Mestre nos ofrece un estudio sobre el Colegio San Pablo de Valencia en «Los antecedentes del Instituto de Valencia», en VV.AA., *Institut Lluís Vives, 150 anys d'història*, Valencia, 1997.

«Dispuesto ya un Crucifijo en el altar mayor cerrado con cortinas, pendientes de sus llagas listones de nacar que finían en un cáliz - dispuso el Misionero los ánimos para aprovecharse de la sangre de Cristo en medio de un perdón general - fue la emoción, y lágrimas extraordinarias, tiradas las cortinas de la Santa Imagen - aquella representación de la sangre del Salvador, derramada por el perdon de nuestras culpas no hubo quien con sollozos no explicara su ánimo, fue el de todos arrojar a los pies de sus mayores contrarios, que eran pocos en aquella ciudad los que mantenían enemistad»⁵⁰.

Gamir narraba con gozo aquella reconciliación entre los setabenses. Las palabras que escribe el jesuita valenciano parecen calcadas a las que publica Calatayud años después en este «Arte y método», al que estamos recurriendo de forma constante... «ordinariamente, en los pueblos grandes y pequeños, donde asisten a la función, suelen aquella tarde y noche andar Parientes, Vecinos, Amos, Criados, Eclesiásticos, Nobles, Señoras, unos por las casas de otros a reconciliarse y hacer las paces (...) de suerte que parece una tarde de Jueves Santo según anda la gente». Es la conocida función de los enemigos.

De alguna manera debían recordar los jesuitas a estos fieles de Játiva las devociones manifestadas hacia el patrón de las misiones. Gamir deseaba construir en la Colegial un altar permanente dedicado a San Francisco Javier. Para ello solicitó sitio al Cabildo colegial y... «se está ya trabajando para colocarse en puesto bien visible de lo principal de la Iglesia». La comunión general se celebró el día de la primera fiesta después de concluirse estos sermones. Gamir nos ofrece cifras de esta festividad de San José... «passaron de tres mil y quinientas las comuniones de aquel día, aviéndose reservado para el día segundo de Pascua la Comunión de niños y niñas (...) fueron mudos predicadores -señalaba Gamir al P. Robinet- aquellos angelitos, pues a su vista y devoción se movieron algunos a mudar de vida»⁵¹.

La misión debía llegar a lo más marginados de la sociedad, a los enfermos, a los presos de la cárcel... «se buscaron algunos obstinados secretamente en cuevas vezinas y últimas casas derruidas de la población». Sin embargo unas cuantas marginadas, las prostitutas, todavía no habían participado de este ambiente de penitencia. Así nos cuenta Gamir su llegada a «esta casa de escándalo y libertad»:

«Fue una noche un misionero acompañado de un vicario de la Iglesia, y con la excusa de visitar una enferma y asistirle con una limosna, se introduxo con suavidad a ganar almas de algunas mugeres livianas que la abitavan - y siendo entre ellas la más pernicioso una forastera que fue hallada cenando con su galán en un cuarto, cerradas las puertas, siendo ellos, el misionero y el eclesiástico y Dios testigos de la liveza con que se les afeó la maldad - al exemplo de San Xavier con unas cadenas se golpeó el Misionero obligándose a la penitencia para aplacar a Dios - se consiguió el remedio con la heroica resolución de aquella muger, ya Santa Madalena, pues sin despedirse de

⁵⁰ BUV, Ms. 342, f. 110v.

⁵¹ BUV, Ms. 342, f. 111.

su galán, tomó la mantilla y se vino con el misionero y eclesiástico, y fue depositada en una casa honrada hasta que se entregó a su madre avisada, que vino de fuera y dió providencia para que las demás dexasen el empleo del demonio»⁵².

Según estas palabras del jesuita valenciano, parece que el prostíbulo setabense fue transitoriamente clausurado. Al fin y al cabo era habitual que este tipo de establecimiento fuese cerrado al paso de los itinerantes misioneros, debido a ese ambiente de penitencia, arrepentimiento y de intención de «mudar de vida y costumbres». Gamir no lo señalaba al final de su extensa carta, pero era habitual que estas prostitutas, igualmente influidas por los deseos de redención, se mezclaran con el resto de la población en la despedida y salida de la ciudad, siempre sentida y emocionada, de los misioneros.

Ahora era el momento de consolidar lo conseguido. A partir de aquí Gamir propone unas veces y deja caer otras algunas medidas que facilitarían la perduración. Recomendaba a los clérigos setabenses que fomentaran algunos ejercicios de piedad, además de la constante enseñanza de la doctrina cristiana. Se consiguieron diversas limosnas, no sólo de notables valencianos de la capital sino también de la mitra. «Se han reconciliado muchas enemistades y se ha atenuado la suma libertad de hablar entre unos y otros de cosas de fama y crédito, vicio bien común y antiguo en aquel País». Reconoce que a través de sus sermones ha aumentado la fidelidad de la ciudad a Felipe V... «fue años ha pretension de aquel País tener sede episcopal, como la tenía antiguamente, y por el sumo poder de los Arçobispos de aca no lo pudo lograr⁵³. Fue pretensión de algunos cavalleros bien intencionados tener en su Ciudad, Colegio de Jesuitas, y por la aversión del Pueblo no se pudo executar. Y era conveniente, no solo el que se fundara Colegio, sino Seminario para la buena educación»⁵⁴.

En estos mismos días el Padre Robinet se dirigió al Marqués de la Mejorada para darle cuenta de la relación remitida por sus hermanos de religión desde el Colegio valenciano de San Pablo. El aristócrata no se retrasó mucho en su contestación al Padre confesor... «creame que no estaré quieto hasta que en San Phelipe ó en otra parte vea yo fundado por el Rey un Collegio de la Compañía destinado solo a sus novicios y Seminario de Capellanes de los exercitos como VS save que descurriamos y el Rey

⁵² BUV, Ms. 342, f. 111v.

⁵³ Fueron numerosos los memoriales que se prepararon con el fin de elevar de nuevo a Játiva a la categoría episcopal. En la sección de Clero del Archivo Histórico Provincial de Valladolid hemos hallado un documento del rey Carlos III, fechado en San Lorenzo de El Escorial, denegando al Cabildo de la Iglesia de San Felipe la erección a Catedral, a pesar de los Memoriales que había recibido, después de haber sido cuidadosamente examinados por la Cámara de Castilla (Arch. Histórico Provincial de Valladolid, sección clero, caja 290). Durante el siglo XVIII se crearon algunas diócesis, entre ellas la de Santander, perteneciente hasta entonces a la diócesis de Burgos. En la creación del obispado de Santander en 1754 tuvo especial protagonismo el jesuita montañés y confesor de Fernando VI Francisco de Rávago (en ALCARAZ, *op. cit.*, pp. 263-278).

⁵⁴ BUV, Ms. 342, f. 117.

aprovó y repetidas vezes se lo he acordado»⁵⁵.

Como en otras relaciones de misiones la despedida tiene tintes emotivos y de añoranza. «Las cosas quedaron en embrión -indicaba Gamir-, dexando aquel feliz País con las misericordias de Dios, no sin lágrimas nuestras y de sus habitantes». Parece ser que los setabenses querían impedir la salida de los jesuitas, o por lo menos así éstos lo confesaban, pero los religiosos les indicaron que eran «Hijos de la Obediencia», una cualidad muy valorada dentro de la Compañía de Jesús. En las últimas líneas, en las últimas palabras al confesor real, el Padre Gamir reclamaba de nuevo al rey Felipe V, a través de su director espiritual, el interés de la corona y de su gabinete hacia el progreso de la antigua Játiva... «debía tratarse a aquel Pueblo como niño de pocos años para que pudiera crecer».

Un maestro de misioneros en una ciudad levítica

Para Pedro Calatayud la ciudad de Valladolid no era un escenario nuevo. La antigua corte de los Habsburgo albergaba importantes centros de la Compañía de Jesús y muchos de sus miembros habían tenido que pisar como estudiantes y profesores por las aulas de sus Colegios, habían animado desde los púlpitos de sus muchas iglesias y conventos los días de penitencia y predicación... en definitiva muchos jesuitas castellanos no podían obviar este inevitable cruce de caminos y de ideas, y sobre todo católicas y contrarreformistas, que era todavía este Valladolid del siglo XVIII.

La capital castellana había sido uno de los primeros objetivos de la Compañía de Jesús en los reinos hispánicos. Hasta aquí llegaron los PP. Araoz y Fabro en 1545. Con los primeros religiosos moró el antiguo cortesano Francisco de Borja, entonces ya jesuita, atrayéndose los favores de los influyentes de aquella sociedad. Consolidarse en Valladolid significaba en el quinientos, consolidarse en Castilla. Primero fue el Colegio de San Antonio, posteriormente convertido en Casa Profesa y finalmente bajo la advocación de San Ignacio. Después el Colegio de San Ambrosio, el más importante de entre los de los jesuitas vallisoletanos desde el punto de vista educativo, tan cercano a la Universidad en su espacio urbano como en las disciplinas que impartían. La dirección del Colegio de ingleses de San Albano bajo la protección de Felipe II y finalmente la residencia del Provincial en la ciudad... todo ello convertía a Valladolid en la capital jesuítica de Castilla, a pesar de que la Corte había abandonado definitivamente esta ciudad en 1606.

El ensamblador Ventura Pérez nos informa de algunas jornadas recordadas en la vida de la Compañía en esta ciudad durante el s. XVIII. Cronista tan especial no

⁵⁵ BUV, Ms. 342, ff. 118-118v.

pudo olvidar, y con detalle, el transcurso de aquella misión del Padre Pedro de Calatayud, el misionero más celebrado y «resonado de la centuria» y en la cual el ensamblador «no disimula una crítica socarrona al sistema del célebre jesuita»⁵⁶. Muchas misiones debieron movilizar a estos ciudadanos a lo largo del siglo. Sin embargo, como nos señala el profesor Egido, pocas han podido ser documentadas.

Había vivido Valladolid, entre los años 1746-1747, unas de sus fiestas más sonoras: aquellas dedicadas a su paisano, el recién canonizado Pedro Regalado. Tres fueron los acontecimientos celebrados en su honor enlazados en un corto espacio de tiempo... la canonización, la traslación de su reliquia y la proclamación «democrática y popular» como patrón de la ciudad. Sin embargo la misión del Padre Calatayud, un año después, compensaría la mezcla de lo profano y lo sagrado alrededor del nuevo Santo. Tenía también matices de espectáculo, aunque con diferentes fines. En esta ocasión fue el obispo de Valladolid Martín Delgado, el más significativo de toda la centuria en palabras de Egido, el que llamó al misionero para que «pasase á la capital para santificarla»⁵⁷. En realidad el obispo había entrado en negociación con el P. Calatayud antes de Cuaresma, unas conversaciones que se cruzaron con los deseos del Prepósito General Francisco Retz, que desde Roma, deseaba que el misionero se encaminase a tierras portuguesas. Al final, todo se arregló para que Calatayud pudiese dirigirse a los vallisoletanos desde el púlpito. El sistema misional, las jornadas programadas y aquellos ciudadanos que participaban en sus actos se encontraban perfectamente reglamentados. Restaban cuatro años para que todas estas experiencias del jesuita saliesen de las prensas en letra impresa en las páginas de aquel célebre Manual, Arte y método de hacer misiones, al que tanto venimos recurriendo.

Sin embargo el misionero navarro se encontraba delicado de salud, «habiendo caído enfermo en Villagarcía, antes de llegar a Valladolid, hubo necesidad de sangrarle». La sangría, ese recurso tradicional de la medicina galénica, basado en la necesaria y supuesta eliminación de los humores. Su uso abusivo en estos siglos de la modernidad no se escapó de la denuncia y la burla desde los ingenios de Molière o la poderosa palabra de Quevedo⁵⁸. Las sangrías producían una inevitable debilidad que pudieron apreciar los ciudadanos durante los sermones del Padre Calatayud... «la falta de fuerzas ocasionada por la sangría pasada, junto con el cierzo fuerte de aquella noche, le dejó sin voz». A pesar de todo, la vitalidad del P. Calatayud le permitió entrar en la ciudad el 19 de mayo. Sus habitantes habían iniciado todo un proceso de preparación a los días de penitencia que se disponían a vivir. Algunos jesuitas de la

⁵⁶ EGIDO, T., «Introducción», en PÉREZ, Ventura, *Diario de Valladolid*, Grupo Pinciano, Valladolid, 1983, p. VIII.

⁵⁷ GÓMEZ RODELES, Cecilio, *Vida del célebre misionero Pedro de Calatayud de la Compañía de Jesús*, Madrid, 1882, p. 299.

⁵⁸ LAÍN ENTRALGO, Pedro y colaboradores, *Historia Universal de la Medicina. «Terapéutica del Barroco»*, t. IV, p. 361... Para conocer este mundo en el Valladolid moderno la obra de MARTÍN SANTOS, Luis, *Barberos y Cirujanos de los siglos XVI y XVII en Valladolid*, Tesis Doctoral inédita, Departamento de Historia de la Medicina, Valladolid, 1990.

ciudad se encargaron de ello, procurando que los numerosos conventos de monjas de la ciudad celebrasen novenas al Sagrado Corazón de Jesús, una devoción que los Padres de la Compañía se estaban encargando de fomentar por toda España, aunque aquí en Valladolid la labor pastoral del P. Bernardo de Hoyos era bien conocida.. «muchas personas, doce días antes de llegar los Padres, empezaron a prevenirse dejando bailes, saraos, juegos, amistades peligrosas... de suerte que la ciudad tenía grande deseo de la misión y muy elevada idea del Misionero»⁵⁹.

Todos los ciudadanos estaban convocados a la participación. Sin duda el tamaño de la ciudad y la diversidad de sus habitantes, muy mermada demográficamente con respecto a su pasado cortesano, complicaba notablemente la acción del misionero y su capacidad de atracción. «Aquella diferencia que hay -decía el Padre Calatayud- entre la caza menor y la mayor, essa suele haver entre la Mission que se hace en un Pueblo corto o moderado de labradores, a lo que se hace en las Ciudades, especialmente grande donde hay classes y gerarquías». El papel del clero en la ciudad era destacadísimo. Además de una quincena de parroquias, existían numerosos conventos, cinco iglesias penitenciales, trece hospitales de profunda vinculación religiosa, quince ermitas. Esto, además de traducirse en una ocupación del espacio urbano, se trasladaba demográficamente. A los regulares, seculares, capellanes... podemos sumar un colectivo más o menos dependiente como podían ser los empleados del obispado, los sacristanes o los músicos de las capillas. Según el Catastro del Marqués de la Ensenada el número de regulares que vivían en estos conventos llegaba a más de mil setecientos, en una población de rondaba la barrera de los veinte mil habitantes⁶⁰.

Como era costumbre y conveniente, los dos misioneros entraron en la ciudad a la caída de la tarde. El primer escenario de sus oraciones fue el espacio urbano del Campo Grande, una muestra palpable de lo que era la sacralización del suelo urbano. Señalaba el profesor Martín González que había zonas en Valladolid en las cuales sólo se pisaba suelo eclesiástico. El contorno del Campo Grande estaba dominado por más de una docena de establecimientos religiosos... era una «plaza de extensión tan grande, que no creo que haya ninguna tan vasta en ninguna ciudad de Europa -afirma en tono irónico el Padre Caino-, tiene casi una milla de circunferencia, y hay en ella quince iglesias alrededor, algunas de las cuales están unidas a los conventos. Las llaman «los quince sacramentos», privilegio singular de Valladolid sobre todas las demás ciudades católicas que no tienen más de siete». Los notables que llegaban a la antigua corte castellana recibían en este amplio espacio, muy transformado a lo que hoy contemplamos, los primeros honores de las autoridades desde que se asomaban por la Puerta del Carmen. Precisamente desde la iglesia de las Agustinas Recoletas

⁵⁹ GÓMEZ RODELES, *op. cit.*, p. 300.

⁶⁰ EGIDO, T., «La religiosidad colectiva de los vallisoletanos»; ENCISO RECIO, Luis Miguel, «La Valladolid Ilustrada», ambos en VV.AA., *Valladolid en el Siglo XVIII*, Historia de Valladolid V, Ateneo de Valladolid, 1984.

(templo ocupado por la entonces parroquia de San Ildefonso) partieron con el rezo del rosario el P. Calatayud hacia el centro de la ciudad, acompañado de gentes que se habían congregado para poder conocer al famoso jesuita. Fueron sus hermanos de religión de los Colegios de San Ignacio y San Ambrosio, los que salieron a su encuentro, acompañados por el obispo Martín Delgado, que recibió de Calatayud el crucifijo que siempre llevaba consigo en las misiones.

«Armado ya el Crucifijo, y ya de noche que no se ve con la luz del día -describía el P. Pedro en su Manual las entradas en las ciudades- se dice el Veni Sancte Spiritus (...) entran predicando, se toca tres veces la campanilla, y luego se entona: Moradores de N. Penitencia, penitencia, penitencia y se van echando sentencias, saetillas, amenazas y desengaños, alternando uno, y otro Misionero, según el Quaderno de Sentencias que he impresso (...) la gente va saliendo, van viniendo Nobles, Eclesiásticos y otros; a las mugeres se les intima sigan detrás del Crucifijo, los hombres delante (...) con la novedad, gritos, lágrimas y gemidos de las mugeres, se va haciendo pella grande de gente, que assustada, admirada, y otros dexando la mesa y la cena, concurren (...) se les mueve con un breve Acto de contrición, y las voces y gemidos traen a otros. A los eclesiásticos se suplica separen hombres de mugeres, proporcionen las luces, y al cura que haga señal a sus ovejas para que, saliendo de casa, sigan. Dáseles la bendición, y prosiguen. (...) Llegando a la Iglesia, y si en ella no cupiere la gente, en el Atrio, o alguna plazuela, sube al Púlpito el Padre Misionero, que llevare el Crucifijo; (...) se les cita (al pueblo) combida y suplica para salir el día siguiente por las calles con Jesu-Christo, y con él todo fiel Christiano recogiendo la gente, señalando la hora fija por la tarde a toque de la Campana»⁶¹.

Seguramente el Padre Calatayud caminó en su entrada en Valladolid por algunas calles de esa ciudad procesional que se veía habitualmente recorrida por los pasos de Gregorio Fernández, Juan de Juni o Bernardo del Rincón, por tantas vírgenes y santos que proporcionaban agua en la necesidad o por el Santísimo Sacramento en el día grande del Corpus. Eran por tanto las rúas más cuidadas. Hasta la Catedral llegaron los misioneros con sus oraciones de penitencia, uniéndose al cortejo el Rector de la Universidad junto con algunos doctores de su claustro.

El gentío congregado debía ser tan numeroso que los misioneros se dirigieron hacia la Plaza de Santa María o de la Universidad... «los balcones, ventanas, tejados, como en las fiestas populares: en las salas de la Universidad había mucha gente de distinción». Precisamente a su balcón principal se subió Pedro Calatayud para pronunciar la introducción a la misión. El religioso pudo contemplar la magnífica fachada barroca de la Universidad... aquella que «podía competir con las celebradas de Atenas y Soborna de París», en las palabras entusiastas de Canesi⁶². A pesar de la debilitada voz del Padre Pedro, sus espectadores, ya casi incondicionales por la

⁶¹ CALATAYUD, *Arte y methodo de hacer misiones*, Madrid, 1754 (III-3), pp. 135-140.

⁶² CANESI, Manuel, *Historia de Valladolid (1750)*, Volumen II, Capítulo XXVII, p. 677.

preparación que había sufrido la ciudad, atendieron a las convocatorias que el jesuita les hacía para las próximas jornadas.

Creía Calatayud que el mejor sitio para predicar era la iglesia. Los tres días previos a la celebración de la fiesta litúrgica de la Ascensión (uno de los tres jueves de brillante sol) los sermones se celebraron en el interior de la Catedral. El Cabildo la había abierto al culto en 1668. Posteriormente se levantó la torre del Evangelio (numerosas veces reparada en este siglo XVIII y hundida en la centuria siguiente). Churriguera había modificado los planos de Herrera en la fachada principal y su interior se veía decorado con retablos barrocos y sus capillas cerradas con obras de rejería. Dicen las relaciones de la Compañía que la gente percibía muy mal la voz del misionero, tan potente en otras ocasiones... «Dios quitó la voz al Padre, porque no somos dignos de la misión», señalaban algunos de los oyentes. Los cronistas atribuyeron a intervención providencial la recuperación de aquella voz que invitaba a la conversión desde el púlpito. Un púlpito que se vió ampliamente rodeado en el recinto catedralicio, con esa ansiada separación entre hombres y mujeres que perseguía el jesuita dentro de las iglesias... «la separación de uno y otro sexo es convenientísima; libra de varios desórdenes y peligros, y fue antiguamente practicada en la Iglesia de Dios y ojala ahora se practicasse como en parte se practica en Portugal»⁶³.

Quizás por la inmensa población allí congregada, unido a la supuesta benignidad de aquel mayo de 1748, los sermones se trasladaron hasta el día de la Trinidad a la Plaza de Santa María. Calatayud en su Manual había reglamentado convenientemente la posición del púlpito, la orientación, su altura... «se prueba primero la voz en varios sitios, y procurando defender el Púlpito de la corriente de ayre, o boquerón y que la gente no coja al Sol enfrente, sino la espalda en caso de no haver mucha sombra, se ha de escoger aquel desde donde corre la voz mejor, y se oye en todas partes, y siempre se procura poner de suerte, que coja enfrente del Púlpito alguna pared alta, edificio o Iglesia, que detiene la voz, y hace que se quede en la Plaza»⁶⁴ Ventura Pérez señala que el púlpito fue colocado junto «a la puerta carretera de la iglesia vieja» (la antigua Colegiata), y desde él predicaba todos los días dos horas y media. Sin duda la importancia de la ciudad caracterizaba la diversidad del auditorio. Además de la presencia del Obispo, el Cabildo catedralicio, eclesiásticos de todo porte, nobles que vivían en esta ciudad de hombres de leyes... Por eso no podían faltar jueces, abogados y procuradores, junto a los miembros del Claustro de la cercana Universidad y los estudiantes... «la mayor parte eran vallisoletanos, pues si bien participaron los habitantes de los pueblos vecinos, sólo eran tres o cuatro leguas a la redonda, pues estaban hechos a oír misiones y menos acostumbrados que los montañeses á emprender grandes caminatas a pie». En lo que sin duda exagera Rodeles, biógrafo de Calatayud, es en el número de oyentes que rodearon el púlpito

⁶³ CALATAYUD, *Arte y methodo de hacer misiones*, Madrid, 1754 (III-9), pp. 160-163.

⁶⁴ CALATAYUD, *Arte y methodo de hacer misiones*, Madrid, 1754 (III-9), pp. 160-163.

del misionero. Acercaba la cifra a los veinte mil, cuando los habitantes de la ciudad apenas superaban esta barrera. El ambiente se veía completado por «otros dos padres que se ponían a predicar en las esquinas mientras pasaba la gente»⁶⁵. Canesi recuerda a sus lectores las impresiones que causaron a los oyentes las palabras del misionero... «aterró los corazones de sus habitadores»⁶⁶.

Calatayud había perfeccionado el «Asalto General», una función que él no había creado, pero que había enriquecido con más elementos, para conseguir un ambiente penitencial que se extendiera por todos los rincones de la ciudad, convertida en un gran templo. La procesión partió el día 28 de mayo desde la Catedral, con participación de cuarenta predicadores (frailes de otras órdenes) que predicaban «de trecho en trecho» y de los cofrades diversos que portaban sus correspondientes hachas que convertían en penumbra lo que era luz. Algunos problemas debió haber, como indica Ventura Pérez, entre las cofradías... «llamó el señor provisor con seis ducados de multa á todas las cofradías que concurriesen con seis hachas cada una, á lo que hubo grandes debates entre las cofradías y el señor provisor sobre haberlos llamado solo con su autoridad y con multa, á lo que satisfacía que no había dado tal auto, y el que quisiese ir de su voluntad que fuese y el que no, que no fuese, a lo cual algunas cofradías se fueron y otras asistieron»... conflicto por otra parte habitual en aquellas sociedades de jerarquías y privilegios. Lo cierto es que el orden de la cofradía estaba previamente establecido por este célebre misionero, dirigidos todos por caballeros de la nobleza... «directores y dirigidos estaban admirados del efecto producido en los ánimos, llegando algunos predicadores á quedar sin palabra, impresionados ellos mismo al ver la conmoción que obtenían de los oyentes y el orden, silencio y compunción con que éstos caminaban». El cortejo no dejó de pasar por la calle Orates (hoy Cánovas del Castillo), donde tenía su residencia, pero también su «observatorio privilegiado» el ensamblador Ventura Pérez, hasta llegar a la Plaza Mayor... «donde se pone la horca, pusieron el púlpito y allí predicó su sermón».

A partir de aquella noche las cuadrillas empezaron a recorrer la ciudad... «andaba la gente vestida de penitencia, vestidos de blanco, con calaveras, sogas, cristos, grillos y otras mortificaciones, desde el anochecer hasta las diez de la noche, cada cuadrilla con su campanilla y a sus cruces á cuestras y descalzos»⁶⁷. Calatayud había insinuado en sus sermones la necesidad de recorrer las calles con estas pequeñas procesiones de penitencia. El silencio dominaba la ciudad mientras las cuadrillas recorrían sus rúas para extender las intenciones y las palabras del misionero, «interrumpiéndole tan solamente el ruido ocasionado por los instrumentos de penitencia ó las oraciones vocales que dirigían al Señor los penitentes»⁶⁸.

La gran Procesión de Penitencia, que servía para «aplacar la ira y justa

⁶⁵ GÓMEZ RODELES, *op. cit.*, p. 301. PÉREZ, Ventura, *op. cit.*, p. 264.

⁶⁶ CANESI, v. XX, pp. 246-247.

⁶⁷ PÉREZ, Ventura, *op. cit.*, p. 264.

⁶⁸ GÓMEZ RODELES, *op. cit.*, p. 302.

indignación de Dios, trae más gente a la Mission; porque varias almas amantes de su carne y que después de mucha luxuria y maldades, tenían grima a hacer penitencia, al sonar por las calles los azotes, cadenas y golpes, y ver tantas y tan rigurosas penitencias, aunque sean de bronce, se compungen y animan al castigo con el exemplo»⁶⁹, estuvo protagonizada por los habituales niños nazarenos, sacerdotes, penitentes con sogas y coronas de espinas... «y llevaban el niño Jesús de San Ignacio en sus andas cuatro niños vestidos con sus tuniquitas de tafetán morado, descalzos y con coronas de espinas». Desde la Catedral caminaron por el habitual Valladolid procesional de la calle de la Platería hasta la Plaza Mayor y la puerta del Campo, para llegar al Hospital de los Incurables de San Juan de Dios y pronunciar allí el sermón en torno a las once de la noche... «castigaban en sus tiernos cuerpecitos sus travesuras y las maldades de los mayores».

Sin duda el misionero creía que estas procesiones conducían a la confesión y comunión general de la población el domingo de la Santísima Trinidad (9 de junio). Efectivos de confesores existían de sobra en la ciudad. El escenario fue el templo catedralicio, «donde detrás del coro pusieron un altar portátil para dar la comunión; atajaron desde las esquinas del coro hasta las capillas con colgaduras y dividieron en medio del cancel grande, y las mujeres entraron por una parte y los hombres por la otra». Canesi habla de «infinita gente» para definir toda la multitud congregada en esta importante convocatoria⁷⁰. Esta vez fue el obispo de la diócesis el que mandó iniciar la función de los enemigos.

Sin duda el tiempo litúrgico de Pascua, en el cual transcurre esta misión, estaba cargado de grandes fiestas. La más importante y popular, puesto que en ella participaban todos los estamentos, era la del Corpus, de la cual nada nos dicen nuestros cronistas. Una fiesta con numerosos elementos heredados, aquellos autos sacramentales que fueron eliminados por los elevados gastos que generaban. El momento era culminante cuando todo Valladolid contemplaba el «paso triunfante de Su Majestad» en la custodia de Juan de Arfe. De nuevo las instituciones de la ciudad participaban en el cortejo o contemplaban desde los balcones el paso de la misma, como los doctores lo hacían desde la Universidad. Las calles se cubrían con aquellos toldos que permitían defender a «Su Majestad» del posible sol del mes de junio. El único enemigo de estas procesiones era la lluvia, que aunque nunca la podía suprimir, provocaba su traslado. Sin embargo poco a poco la celebración se fue despojando de

⁶⁹ CALATAYUD, *Arte y methodo de hacer misiones*, Madrid, 1754, (IV-2), pp. 269-271. En otras relaciones de misiones que hemos podido leer, a este ambiente de penitencia se sumaba también la climatología. Así cuenta Calatayud su primera misión en 1718... «la primera Mission que hice, fue en la Alberca año mil setecientos diez y ocho, salió la Processión de penitencia á las heras que dan vista al Santuario de Nuestra Señora de Peña de Francia: el Cielo estaba sin una nube, la sequedad grande: los niños Nazarenos muchos en número, y los grandes con sus trages de penitencia sin duda alcanzaron la lluvia del Cielo, porque estando parada un breve rato la Processión, y mirando acia el Santuario, empezó a rebolverse el ayre, de suerte, que acabada la Procession al amanecer de la mañana inmediata, empezó a llover tanto, que prosiguió por tres días el agua».

⁷⁰ CANESI, v. XX, pp. 246-247.

notables ingredientes populares, intentando conservar esa apeteósisis de lo sacramental⁷¹.

Los dos últimos días del mes de junio se celebró en la iglesia del colegio de San Ignacio los cultos en honor al Corazón Jesús, advocación muy extendida gracias a los empeños de los jesuitas. Era inevitable la predicación del P. Calatayud. Procedía la devoción de Francia como representación del amor de Cristo materializado en su corazón humano. Un motivo de enfrentamiento entre las intenciones de los miembros de la Compañía con activos propagadores como lo era Calatayud y aquéllos que rechazaban por su espíritu ilustrado todo culto a una víscera, por muy divina que fuese. Con el apoyo de Felipe V y de sus confesores jesuitas, a pesar de los posteriores pesares del papa Benedicto XIV, los libros empezaron a llegar de Francia. Los jesuitas escribieron algunos devocionarios, los éxitos editoriales del P. Juan de Loyola con su «Tesoro Escondido» y las supuestas apariciones del Corazón de Jesús a su «apóstol» español, precisamente un jesuita el P. Bernardo de Hoyos y con un escenario, el templo del Colegio de San Ambrosio... Todo ello pretendía transmitir un supuesto mensaje divino con el deseo de conseguir un oficio, fiesta y misa para esta devoción, días después de la popular del Corpus. En sus misiones Calatayud fundaba Congregaciones que permitían una extensión de este culto. La primera de ellas fue en la localidad murciana de Lorca en 1733. Ventura Pérez habla de la intervención de la hermandad del Corazón de Jesús en esta misión Por eso no era difícil predicar en Valladolid la nueva devoción. Sin embargo las cosas le empezaban a ir mal a los jesuitas, los ilustrados exponían sus críticas, la Compañía perdía el confesionario real y Roma no reconocía las intenciones⁷².

Tampoco se podía olvidar las devociones marianas, tan intensas en esta España del Antiguo Régimen. Gómez Rodeles señala la extensión de la devoción a la Virgen del Pilar, «unas treinta y tres señoras ilustres se alistaron debajo de su protección, comprometiéndose a observar las breves reglas que les dejó el Padre, una de las cuales era servir cada mes la comida a los padres enfermos».

Ninguna de las crónicas nos hace detallada mención de las intenciones del P. Calatayud por mejorar la enseñanza de la doctrina cristiana a los niños y niñas vallisoletanos. Debemos suponer que esta tarea era atendida por la coyuntura educativa de la ciudad, en esta patria de las Cartillas y la Doctrina Cristiana, de cuya impresión tenía el monopolio el cabildo desde los últimos años del reinado de Felipe II, con el objeto de agilizar la construcción de la Catedral⁷³. Tampoco los cronistas nos

⁷¹ EGIDO, T., «La religiosidad colectiva...», en *Historia de Valladolid del Ateneo*, pp. 185-190. AGAPITO y REVILLA, Juan, «Las fiestas del Corpus en Valladolid», en *Diario Regional* 10, 13, 15 de junio de 1943.

⁷² GÓMEZ RODELES, *op. cit.*, p. 304. Para el estudio y propagación por parte de los jesuitas de la devoción del Sagrado Corazón de Jesús, MESTRE, Antonio, «Religión y cultura en el siglo XVIII español», en *Historia de la Iglesia en España*, IV, Madrid, 1979, pp. 667-671. URIARTE, José Eugenio de, SJ, *Principios del reinado del Corazón de Jesús en España*, Madrid, 1880; *Id.*, *Vida del padre Bernardo F. de Hoyos*, Bilbao, 1888. PÉREZ, Ventura, *op. cit.*, p. 264.

⁷³ RESINES, Luis, *Historia de la catequesis en Valladolid*, Valladolid, 1995; *Id.*, «Las Cartillas de la Doctrina Cristiana de Valladolid», en *Revista de Folklore*, nº 76 (1987); EGIDO, T., «La Ilustración en

ofrecen ninguna actuación del misionero para conseguir un cambio de las moralidades. Aunque éstas eran costumbres más propias de la Corte, parece que Calatayud encontraba imitaciones en cada villa o ciudad que pisaba. Como señala Francisco Sánchez-Blanco, la mujer, que siempre había sido contemplada como objeto de pecado, si ahora se vestía con los «vestidos descotados que trae la moda francesa» aumentará en su grado tentador. Ya lo decía Calatayud en su Manual, la mejor forma de penitencia para la mujer es «dexar atavios, afeytes, papillotes y rizos, porque todo esto es testigo de vuestra impenitencia»⁷⁴.

Desde el púlpito, el misionero no podía tratar las especificidades de cada uno de los «gremios» y muchos eran los colectivos a los que Calatayud se podía dirigir en este Valladolid. El obispo ordenó que los sacerdotes de la ciudad hicieran los Ejercicios de San Ignacio por espacio de ocho días... «es usado de varios purgarse o sangrarse una vez al año de prevención, para exterminar los humores y noxias qualidades, que se van reconcentrando en el cuerpo; quanto más puesto en razón será, por medio de unos Ejercicios saludables, purgarse y sangrarse el Eclesiástico de sus vicios, apetitos, descuidos, y faltas, que como malignos humores tienen enfermo el corazón, y mal humorado con sus achaques y dolencias de ánimo». No podía olvidar Calatayud las pláticas a los confesores... «es conveniente que los Misioneros impongan a los Confesores en el modo de recibir las Confesiones generales, pues aunque hay unos Confesores prácticos, o diestros, hay muchos poco versados y menos instruidos, que necessitan la instrucción dicha».

Veintrés conventos de monjas con más de seiscientas religiosas componían la población femenina regular de la ciudad. Calatayud y sus colaboradores organizaron durante dos semanas unos Ejercicios para aquellas que se encontraban sujetas al ordinario, con procesiones penitenciales alrededor de los claustros de los monasterios. En su Manual el misionero navarro, además de reglamentar estas jornadas, recomendaba una serie de libros necesarios en las lecturas de las monjas. Junto a los *Ejercicios ignacianos* se encontraban las *Meditaciones* del jesuita vallisoletano y destacado asceta Luis de la Puente y la *Diferencia entre lo Temporal y lo Eterno* del también Padre de la Compañía Juan Nieremberg.

El espíritu de la misión conducía a las visitas a los Hospitales de la ciudad. Eran centros volcados a un doble fin benéfico pero también asistencial. Gómez Rodeles habla de la llegada del obispo, acompañado del Cabildo, otros clérigos y estudiantes al Hospital de Santa María de Esgueva, regido por los Caballeros de Santa María de Esgueva, todos ellos limpios en sangre según lo justificaban las pruebas necesarias para su ingreso en la cofradía. El fin principal de este centro era el cuidado de los

Castilla. Acogida, Resistencias y Fracaso», en GARCÍA SIMÓN, A. (ed.), *Historia de una cultura*, Valladolid, 1995.

⁷⁴ GÓMEZ RODELES, Cecilio, *Vida del célebre misionero Pedro de Calatayud de la Compañía de Jesús*, Madrid, 1882, p. 243. SÁNCHEZ-BLANCO, Francisco, *op. cit.*, p. 19. CALATAYUD, *Arte y methodo de hacer misiones*, Madrid, 1754 (IV-3), p. 275.

enfermos, asilo de pobres y otros acogidos a la beneficencia del mismo no sólo en la atención del cuerpo sino también del espíritu. En él solamente podían ser atendidos enfermos pobres, con documento que lo justificase, pero sin mal contagioso alguno. Privilegiados los que morían en este centro (aunque más lo eran los que morían en sus casas) porque eran enterrados en el cementerio más famoso de Valladolid, y no sólo por las indulgencias que atesoraba, sino por otros ecos a los que se refiere Francisco de Quevedo en su genial Buscón. Pero los deseos caritativos, producto siempre de los días de penitencia y arrepentimiento, también se volcaron en el de los Desamparados o San Juan de Dios y en el General de la Resurrección⁷⁵.

Al igual que había hecho con los colegiales salmantinos, acabado el tiempo de la misión pronunció una plática a los miembros del Colegio Mayor Santa Cruz, aquel fundado por el cardenal Pedro González de Mendoza a finales del siglo XV. Más recordada, por serlo en letra impresa, fue aquella plática que dirigió Calatayud a los hombres de la Chancillería «representante casi suprema del poder real». Fue su presidente, Manuel de Montoya y Zárate, el que convocó a sus compañeros y dependientes a la iglesia del Colegio de San Ignacio... «es de la mayor suntuosidad, compostura y aseo que hay en Valladolid, toda está adornada con una colgadura de terciopelo carmesí de grande estimación, la capilla mayor es muy hermosa, así por su arquitectura como por el adorno de los dos colaterales y el retablo principal»⁷⁶. Sin duda había sido decorada por los más destacados pintores e imagineros del panorama artístico vallisoletano del siglo XVII y desde sus primeros momentos entre sus muros se habían celebrado los grandes acontecimientos de la Compañía en esta ciudad.

Comenzaba Calatayud, el 10 de agosto de 1748, con las palabras del libro de Isaías... «y se ha alejado el derecho, y se ausentó la justicia y tropezó la buena fe en las plazas, y no hallé lugar la rectitud», advirtiéndoles de todos aquellos errores que podían aparecer en la administración y ejercicio de la justicia. Aunque el jesuita fue hablando a los abogados, relatores, procuradores, secretarios, receptores, escribanos, denunciando las imprudencias que podían cometer, encuentra Calatayud una serie de pecados comunes a todos. Ninguno podía aceptar dádivas, regalos o dineros durante el pleito, debían cumplir las obligaciones que su oficio les asignaba y respetar los juramentos que previamente habían realizado, evitar todo tipo de ignorancia y falta de conocimiento de Leyes, Ordenanzas y Estatutos que pudiesen perjudicar gravemente la resolución justa del conflicto, insistía en la diligencia y prontitud para evitar una prologación de los pleitos y el retraso de otros asuntos pendientes, el deber de los jueces a conservar un «espíritu inmóvil (...) un Juez, quando se sienta en el Trono de la equidad y justicia, sus defectos son más subidos y de mayor peso y consecuencia

⁷⁵ MAZA ZORRILLA, Elena, «Pobreza y hospitalidad pública en la ciudad de Valladolid a mediados del siglo XVIII», en *Investigaciones Históricas*, Valladolid, 1982 (nº 3). *Id.*, *Valladolid, sus pobres y la respuesta institucional (1750-1900)*, Universidad de Valladolid, 1995.

⁷⁶ CANESI, v. XX, p. 240.

que los de los Súbditos, quanto más sobreexceden en el Empleo y Dignidad»⁷⁷. ¿Eran éstos los problemas de aquella justicia?

Las últimas palabras, después de dos horas de intenso sermón donde Calatayud pudo recordar los estudios de Leyes que había cursado en la Universidad de Alcalá, se dirigieron al complejo tema de la salvación, causa de muchas preocupaciones en aquellas mentalidades... «todo hombre, que es causa gravemente culpable de algún daño grave, sino lo restituye, quando puede, no se puede salvar. Todos, ó casi todos los que gobiernan son causa gravemente culpables de graves daños; y ninguno o casi ninguno restituye lo que puede: luego ninguno o casi ninguno de los que gobiernan se puede salvar»⁷⁸. No sabemos si los hombres de leyes recibieron con gusto estas duras y apocalípticas palabras e incluso la lista de sus presuntos pecados. Lo cierto es que Pedro Calatayud revisó el texto de esta plática mientras descansaba en el Colegio de Medina del Campo y fue entregada, aquel mismo año, a las prensas de la imprenta de la Congregación de la Buena Muerte en el Colegio de San Ignacio.

Martín Delgado, el obispo de Valladolid, se sentía al terminar muy satisfecho por los resultados de la misión... «nunca pensé ni esperé que Dios había de obrar tanto fruto, ni hacer tanta mudanza». «No hubo comedias ni corridas de toros, el año 1748, efecto de la misión», señalaba Gómez Rodeles. Sin duda eran éstas dos batallas de la Compañía. La ausencia de toda manifestación festiva era parte del arrepentimiento generado por la misión. Los toros, por ejemplo, fueron ya objetivo de los ataques de jesuitas extranjeros por las «inclinaciones sanguinarias». Las comedias fueron objeto de precaución desde la Ratio Studiorum, a lo que se unió la imagen irreverente que iban adquiriendo, unidas a veces a desastres naturales. Las peticiones de abolición de las comedias en las distintas ciudades les fueron lloviendo a los confesores de Felipe V y Fernando VI. En Valladolid se recibieron sucesivas prohibiciones a lo largo de la centuria⁷⁹.

Ventura Pérez no manifiesta en su Diario tanto entusiasmo hacia aquella misión, como transmitían las relaciones de la Compañía. Un sentimiento que el ensamblador no hace incompatible con el asombro... «cierto que fueron buenas las misiones, pues no he visto en mi vida más cristos juntos que he visto en estas misiones». Sin embargo al final de su relato, Ventura Pérez vuelve a apuntar la polémica de las cofradías por su participación en la Procesión de Penitencia... «querer

⁷⁷ CALATAYUD, *Doctrina Práctica que hizo el P. Pedro de Calatayud, Missionero de la Compañía de Jesús y Maestro de Theología en el Colegio de San Ambrosio, á los Ministros Públicos de la Real Chancillería de Valladolid: Dispuesta por lo que mira á sus conciencias en el manejo y cumplimiento de sus Oficios, y para que los Confesores puedan con menos dificultad enterarse de lo lícito en el manejo y cumplimiento de sus Oficios, y para que los Confesores puedan con menos dificultad enterarse de lo lícito e ilícito en sus conductas*. Valladolid, Imprenta Congregación de la Buena Muerte, 1748, pp. 126-127.

⁷⁸ CALATAYUD, *Doctrina Práctica...*, Valladolid, 1748, pp. 134-135.

⁷⁹ VALLEJO, Irene, «Ambiente cultural y literario durante el siglo XVIII», en VV.AA., *Valladolid en el Siglo XVIII*, Historia de Valladolid V, pp. 378-384. PARRONDO, Luisa y BRISSET, Demetrio, *op. cit.*, en *Historia 16*, n° 164, pp. 86-92.

que todos por fuerza fuesen a ellas y dejarasen el trabajo». Un desencanto que se transforma en decepción en aquel mes de mayo de 1748, durante la colocación del sagrario en el nuevo retablo de la iglesia de San Nicolás. Una celebración que siempre iba acompañada por los sonidos del bronce, esas campanas que eran medida del tiempo y compañeras en el vivir cotidiano. A pesar de lo importante de la ocasión y la brillante procesión organizada, el bronce fue silenciado por orden del P. Calatayud, pues su sonido rompería el ambiente de penitencia característico de estos días⁸⁰.

* * *

De nuevo nos encontramos en la despedida de una misión. Los incondicionales de los misioneros y las clientelas de la Compañía de Jesús en la ciudad saldrían a las puertas de Valladolid para despedir al célebre Calatayud, que tan unido estuvo a la capital del Pisuerga como profesor. Hacía tiempo que había obtenido el permiso para dedicarse exclusivamente a la labor misional, pero todavía en las obras que publicaba el jesuita hacía presente su título de Maestro de Teología de este Colegio de San Ambrosio. El misionero vivía preocupado por preservar los efectos de sus sermones, de sus palabras a través de prácticas piadosas o congregaciones de fieles. El beneditino Benito Jerónimo Feijoo lo plasma muy bien recordando a este maestro de los púlpitos... «ya avía meses que estaba ausente de Oviedo el P. Calatayud, y aún estaba predicando el P. Calatayud en Oviedo, porque permanecían el eco de sus voces en los corazones de sus oyentes». Precisamente desde Valladolid, mientras residía en el Colegio de San Ignacio, partió el P. Calatayud hacia el exilio cumpliendo la orden de Carlos III. Con él terminó toda una época dorada para las misiones populares, en las cuales los jesuitas tenían un protagonismo esencial, recayendo en los capuchinos y en figuras como Diego José de Cádiz el impulso y la iniciativa misional.

⁸⁰ PÉREZ, Ventura, *op. cit.*, p. 266.